



Residencia en la Tierra de Letras

Varios autores

http://www.letralia.com/ed_let/neruda

Editorial
Letralia
letralia.com/ed_let

*Colección **Especiales***
Internet, julio de 2004

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papero de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

"Yo nací el 12 de julio de 1904 y, un mes después, en agosto, agotada por la tuberculosis, mi madre ya no existía". Con tal sencillez despegó, hace exactamente un siglo, la vida de quien fuera uno de los autores clave de la literatura de habla hispana. Un escritor que construyó buena parte del edificio contemporáneo de nuestras letras y que, sin embargo, se asombraba con ojos de niño ante el *jirón de cristal* de la cebolla.

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Pablo Neruda, **Editorial Letralia**, espacio producido por la revista literaria digital **Letralia, Tierra de Letras**, ha reunido a un grupo de autores de diversas nacionalidades para presentar este libro conmemorativo.

Hemos eludido deliberadamente la responsabilidad de hacer este homenaje en forma de poemario colectivo —que, para muchos, se correspondería más con la figura del homenajeado—, dado que dudamos que haya algo que agregar a la poesía de Neruda. Es por ello que los nueve autores aquí reunidos han presentado, en forma de artículos o ensayos, sus particulares visiones de la vida y la obra de nuestro centenario poeta.

De esta manera, la Tierra de Letras se convierte en una de las tantas residencias de este poeta universal, que amó mujeres, caracolas y casas. Bienvenido entonces, lector, que te sumas a esta fiesta.

Jorge Gómez Jiménez
Editor

Residencia en la Tierra de Letras

© 2004 Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

Editorial Letralia

Varios autores

Desmesura prometeica de Pablo Neruda, hacedor de una palabra cósmica que dice lo genésico y lo elemental. La palabra de Neruda está hecha de fuerza y sangre, de savia de todos los árboles y de mar embravecido; su palabra es pasión y amor y hambre de vida con voracidad de cada instante; su palabra es entrega inagotable a todos los sueños y a todos los ideales de todos los hombres.

Rafael Fauquié: *Arrogante último esplendor*

Sucede que me canso de ser hombre (descubriendo a Neruda en Nueva York)

Rolando Gabrielli

*A Silvia, en Colorado,
que tanto impacto le ocasiona el verso:
sucede que me canso de ser hombre.*

¿Cuántas peluquerías y cines hay en Nueva York? Seguramente incontables como pelos y ojos transitan por sus calles, de día y noche, sin reparar la contabilidad pública ni privada de sus actos. Una ciudad que se mira el ombligo, no vive, o que se sueña en la memoria, carece de futuro, por eso Nueva York se inventa cada día un nuevo día. Una manera real, dicen sus calles, es no apagar la luz. Perdidos en Nueva York, si el tiempo volara, y una esquina sumara un nuevo camino. Hazme la historia, conviérteme en santo peatón de tus calles, New York. Los ojos son las vitrinas de tus mañanas, que te recorren, bajo los subterráneos, sobre mis pisadas. Súbditos de tus sueños, del acero, el Central Park, la imagen volada en el otoño, caballo sin dinero en tus calles. En el poema “New York viaja en el Hudson”, es ciudad blanca en enero.

Pablo Neruda, en su poema de *Residencia en la tierra* (1931-1935), citado por Charles Simic de la revista *New York Review of Books*, es quien afirma en sus memorables versos: *Sucede que me canso de ser hombre. / Sucede que entro en las sastrerías y en los cines / marchito, impenetrable como un cisne de fieltro / navegando en un agua de origen y ceniza.*

Simic, en el año del centenario de Neruda, echa recuerdo a una antología latinoamericana editada en Nueva York en 1959, desde donde rescata esos versos residenciarios existenciales, de agonía y que llevaron al suicidio a un joven estudiante chileno. Neruda años después se apartaría de esta poesía “dolorosa”.

Simic, poeta norteamericano, remember la importancia para él de la aparición de esa antología, de sugerentes 666 páginas, en su vida hace más de cuatro décadas y la compara como haber leído por primera vez el extraordinario poema de T.S. Eliot: “Canción de amor de Alfred Prufrock”.

Esa antología, comprada en una librería de viejos en Nueva York, que tanto le impactó, incluía además de Neruda, poemas de Borges, el brasileño Drumond de Andrade, Huidobro, Nicolás Guillén, César Vallejo y muchos otros. Pero son los cuatro poemas de Neruda, en especial los que recoge: “Walking around”, *Sucede que me canso de mis pies y mis uñas / y mi pelo y mi sombra / Sucede que me canso de ser hombre. / Sin embargo sería delicioso / asustar a un*

http://www.letralia.com/ed_let

Un gramófono al final de una guerra

Editorial Letralia

notario con un lirio cortado / o dar muerte a una monja con un golpe de oreja / Sería bello / ir por las calles con un cuchillo verde / y dando gritos hasta morir de frío.

Para Simic, que comenta con blancos, grises y matices, una antología recientemente editada en Nueva York, bajo el título *The poetry of Pablo Neruda* (Editorial Farrar, Strauss and Giroux, New York 2003, 996 págs.), la más copiosa en inglés para un poeta extranjero, afirma que a pesar de que conocía la poesía surrealista francesa, de haber leído antes a Lorca, Mayakovsky, Brecht, nunca se había topado con un poema como “Walking around”. Le sorprendieron, dice, las imágenes novedosas, “surrealismo natural”, y cita la opinión de otro poeta norteamericano, David St. John, en un ensayo, agrega, sobre ese mismo poema.

Residencia en la tierra es un resonar de cosas desvencijadas, muertas, de copihues rotos sangrantes sobre el pecho del poeta que viaja en la monotonía, el vacío de las cosas, del minuto desamparado que lo envuelve en una costra, el caparazón herido —su cuerpo—, de una visión real del sueño que vive en el límite. Lo cuelga en una percha cuando llega al cuarto vacío, dobla con él la esquina de una ciudad, rompe el estricto orden de las cosas. Le suena el pecho al joven Neruda, en Asia, como un rodamiento mal aceitado, pero ya venía del sur de Chile con sus nostalgias, toda una carga sin destino ni puerto.

Amado Alonso dice en su ensayo *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, que de la melancolía primitiva de *Crepusculario*, *20 poemas*, *El hondero entusiasta*, en toda su poesía previa a las *Residencias*, el poeta nos habla de una “bella tristeza”, la melancolía de lo que se pierde, pero es en sus *Residencias* donde el dolor se hace infinito.

Razón tiene Simic cuando dice que los surrealistas se montan al caballo de la poesía (la metáfora es mía) desde el inconsciente, pero Neruda lo hace desde el “realismo mágico”, que abriría las puertas a la narrativa latinoamericana, donde no existe, cito al poeta norteamericano, fronteras entre lo real e imaginario.

Cualquiera sea la explicación que demos a estas palabras, desde luego que no pueden ser cualquiera, tienen un hondo significado en cuanto a lo que pesó, caló en su momento y posteriormente la poesía nerudiana en Estados Unidos, él un confeso heredero de Baudelaire y Whitman, Quevedo de la provincia sur, del paisaje austral, de la historia de su tiempo, la angustia del hombre común y corriente, de la materia, del sueño de la otra América.

Ignacio Valente, crítico literario chileno, considera que Neruda atravesó todos los “ismos” del siglo XX, del modernismo al clasicismo, pasando por el surrealismo, sin ligarse a ninguno de ellos.

Simic, en su entusiasmo nerudiano, llama la atención sobre el récord de antologías editadas en idioma inglés sobre el poeta de Isla Negra: 51 desde 1961 a la fecha; todo un Guinness, comenta. De su visita a Nueva York en 1966, nos queda en el recuerdo un Neruda en mangas de camisa caminando por las calles de la Gran Manzana con su amigo el dramaturgo Arthur Miller.

Amplio en amores y libros, Neruda le cantó a América. *“Al oeste de Colorado River / hay un sitio que amo. / Acudo con todo lo que palpitando / transcurre en mí, con todo / lo que fui, lo que soy, lo que sostengo. / Hay unas altas piedras rojas, el aire / salvaje de mil manos / las hizo edificadas estructuras. Es Norte América. Eres hermosa y ancha Norte América / vienes de humilde cuna como una lavandera / junto a tus ríos, blanca. Y de Maniata, dice Neruda en su Canto general, la luna en el navío / el canto de la máquina que hila / la cuchara de hierro que come tierra / la perforadora con su golpe de cóndor / y cuanto corta, oprime, corre, cose: seres y ruedas repitiendo y naciendo.*

Los primeros versos, como bien apunta el escritor chileno, especialista en Neruda y residenciado en Estados Unidos, Fernando Alegría, es una declaración de amor. *“Al oeste de Colorado River / hay un sitio que amo...”*

Como siempre el poeta sureño nombra, describe cuanto ve, toca, sueña al paso de la naturaleza, el hombre y las cosas. Un viajero de sí mismo, y llama a Whitman innumerable como los cereales, Poe en su matemática tiniebla, Dreiser, Wolfe, frescas heridas de nuestra propia ausencia.

En sus visitas a Nueva York, Neruda, autor también de casi cuatro mil páginas en verso, prosa, teatro (*Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*), solía recitar y recordar al viejo Whitman, a quien en su *Canto general le pide que le dé su voz y el peso de tu pecho enterrado / y las graves raíces de tu rostro / para cantar estas reconstrucciones.*

Cuando Pablo Neruda, quien fuera senador de la república de Chile, en su calidad de embajador en Francia en 1971, le tocara negociar la deuda externa de Chile en ese período, con el Club de París, invocó a Whitman, y dijo que la única deuda que él tenía era con el bardo norteamericano.

Neruda, como todo gran poeta, es una caja de pandora, de sorpresas, registros, asociaciones, una poesía bajo una lluvia infinita de metáforas, imágenes sobre sus propios caminos y la esperanza, inundada de humanismo, amor, denuncias, cien por cien americana y universal, esencialmente telúrica, materialista, visitada por un niño, propio poeta, habitante de su isla.

Todos los pasos históricos de Neruda han sido ampliamente divulgados, des-

de sus viajes infantiles en el tren que su padre conducía en el sur de Chile a sus días de estudiante de francés, a la bohemia santiaguina de capa y espada, su juvenil partida diplomática a Rangún, la fama de los *20 poemas de amor* y su presencia en España, que le cambiaría el curso de su vida cuando se casó con la argentina Delia del Carril, se adhirió a la república, posteriormente ingresó al Partido Comunista de Chile, llegó a senador, marchó al exilio y se convirtió en un ícono de la intelectualidad de izquierda durante la Guerra Fría. Ya Neruda marchaba hacia el Olimpo, el Premio Nobel de Literatura en 1971.

Pero Neruda era el viajero inmóvil que bien describe el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, un pie en Isla Negra y otro en el mundo: Praga, Moscú, París, Nueva York, Buenos Aires, México, La Habana. No se detendría más hasta poco antes de su muerte, y aun así dejaría ocho libros sin editar. Ya estaba en marcha su plan de seguir viviéndose.

La obra de Neruda descansa en su *Canto general*, toda la poesía amorosa, las *Residencias*, los libros de las *Odas*, y a mí en lo personal me agradan además, *Plenos poderes* y *Cantos ceremoniales*.

Neruda se multiplica como los panes y eso no le agrada a diversos críticos, que “eliminan” de su obra total un treinta por ciento de sus textos, como opinan los poetas chilenos Enrique Lihn, Oscar Hahn, el crítico inglés J. C. Cohen y el autor de su reciente antología en Nueva York, el mexicano residente en Estados Unidos, profesor en el Amherst College, Ylan Stavans, quien dijo que cuando leyó a Neruda quedó hipnotizado. *The poetry of Pablo Neruda* recoge versiones de casi todos los libros de Neruda, en manos de 37 traductores, y en la sección final del volumen (“Homenaje”), Stavans invita a varios poetas —algunos tan célebres como Paul Muldoon o Mark Strand— a realizar nuevas traducciones.

En una entrevista a *El Mercurio* de Chile, Stavans nos habla de dos descubrimientos nerudianos, etapas distintas, en su adolescencia y madurez. La primera, la del asombro, y la segunda, de un nuevo asombro en los 90 tras la petición de un estudiante que le leyera el poema de la sonrisa durante su matrimonio. Ese es el encanto de Neruda, hacerse presente en distintas ocasiones y épocas, de manera cotidiana, espontánea y sencilla. Es difícil disputarle al poeta su reino su territorialidad terrenal telúrica material. Sus viajes profundos al ser de la madera.

No es fácil para un extranjero, en este caso alguien que no sea chileno, entender la “familiaridad” de Neruda con lo chileno, el pueblo con su poesía, las cosas, porque existió una comunión física entre el poeta y la gente, más allá de las palabras. No fue un poeta taciturno, ausente, alejado del mundanal ruido, porque

estuvo, inclusive cuando las fronteras geográficas y políticas se le cerraron. Pensó y vivió en función de Chile. El más presente y ausente en el *momentum* Chile. Era notorio el doble estándar de su ausencia-presencia. A la hora de las hienas, no le fue perdonada su gran presencia de tortuga oceánica.

Nuestra adolescencia estuvo imantada por la voz y el mito nerudiano. Escuchamos el long play de los *20 poemas de amor y una canción desesperada*, cuya cubierta nos muestra a un Neruda pensativo, delgado, de innegable aspecto de poeta. El joven Neftalí nos convocaba en la humildad de un cuarto en Santiago, con la magia de las palabras, en una extraña, monótona, posesiva musicalidad poética.

¿Es real la influencia de Neruda en los poetas norteamericanos?, y ¿era necesaria una selección como la del libro?, pregunta el periodista Patricio Tapia al antologuista, quien responde: “Real y necesaria... Son pocos —muy pocos— los escritores extranjeros que han tenido tal impacto en la poesía de los Estados Unidos. Neruda es el Whitman del sur, y Whitman el Neruda del norte. Puedo invocar varias docenas de poetas cuya obra muestra ecos nerudianos, audibles e inaudibles. Sólo un puñado de ellos está representado en *The poetry of Pablo Neruda*. En las últimas décadas esos ecos son especialmente evidentes entre los así llamados ‘poetas de color’, i.e., negros, latinos, etc.”.

Toda una revelación que refleja la vigencia nerudiana en la poética norteamericana de finales del siglo XX y comienzo del XXI, en vísperas del centenario de su natalicio.

Neruda fue obscenamente prolífico. Leer su obra completa es dejarse llevar por el vértigo, advierte Stavans, un punto que Enrique Lihn plantea en sus críticas ácidas a Neruda, como diversos poetas e investigadores de su obra lo hicieron y hemos señalado en esta nota, algunos ensayos y conferencias anteriores en estos años, sobre un poeta que gravitó en el siglo XX, como ninguno quizás. Tuvo algo de Picasso, en su absorbente atmósfera y apetito por la vida, su misión pantagruélica de la poesía. No dejaba tema, devoraba la geografía, la gente y las cosas.

El conjunto de la obra nerudiana, en nuestra opinión, derrota a sus detractores y al tiempo hasta ahora. Lihn me dijo que la historia le acompañó, pero desde luego, Neruda se hizo presente, le arrebató el fuego a los dioses, a su manera, y este tira y afloja continuo sobre lo que hizo, dejó hacer, o no debió hacer, lo ubica siempre en un primerísimo primer plano de la discusión.

Para Stavans, su obra es uno de los mejores testimonios que tenemos de ese siglo despiadado. Un testimonio desigual, imperfecto, apasionado. Un testimonio

increíblemente humano.

La poesía de Neruda es cuerpo de pueblo; una mala metáfora, pero real. De caderas anchas, sudada en el amor, recorrida en el río profundo de lo humano, artesana de su propio molde, tan terrenal como Eva, que abandonó apresurada el paraíso con Adán, para ir a hacer la vida en un pequeño cuarto en alguna ciudad del mundo. Su poesía fue construida con los materiales de la casa-América, dijo en 1965 al periodista francés Claude Couffon, quien lo califica de intérprete de la solidaridad humana. Neruda comenta al francés que ha dejado su palabra en la puerta de numerosos desconocidos, solitarios, prisioneros y perseguidos. Fue el “gran salto” hacia lo social de la poesía nerudiana, marcado por la Guerra Civil española, aunque nunca abandonó la poesía íntima, amorosa, lo material y humano, las cosas, lo que forma su obra con todos los materiales de una construcción para ser habitada en la palabra. Neruda se reciclaba, es casi imposible no repetirse con tantas páginas, o dejar de tensionar el lenguaje, y de todo eso hay en su obra, que la escribía las 24 horas del día en Isla Negra, barcos, embajadas, en sus viajes, donde estuviera presente, ahí el poema.

Escribió mucha poesía fuera de Chile, en sus estadías en Argentina, Uruguay, México, Italia, Francia, Hungría, Rusia. Se consideraba un poeta de “utilidad pública”. Participaba efectivamente en actos sociales y contaminaba su poesía con la gente sencilla, los oficios, las piedras de Chile por donde caminaba. No creo en los poetas nacionales, como se usan en Rusia, o en algún otro país, por tradición, no sé, pero Neruda llegó a ser uno de ellos. Poesía multiplicada por la voz del pueblo. Acumulada en la memoria, poesía algo misionera. Con esa fuerza lírica, redentora, con el entusiasmo no pocas veces, era un pariente directo de Walt Whitman, y nunca lo negó.

Más allá de todo análisis, y seguramente se seguirán escribiendo libros sobre su obra, Neruda nunca dejó de ser el poeta del amor, como lo reconoció en la entrevista Couffon, y subrayara que los cambios de tema y forma eran frecuentes en su poesía. “Yo quiero agotar todas las formas y todos los estilos para cada tema”. Sus libros juveniles marcaron a hierro al poeta, y su melancolía, el amor primario, forman parte de la piel de su poesía, la que nunca abandonó. Una vez dijo que podría olvidar todos los números, teléfonos, pero nunca el de la calle Maruri 513, donde escribió *Crepusculario*. En una pensión humilde, próxima al río Mapocho, calles de una profunda melancolía, se sellaría definitivamente su camino de poeta. Puso a soñar el cuerpo y los sentimientos registraban los atardeceres.

Tan discutido en vida y aun más quizás después de muerto, curiosamente las principales capitales del mundo y muchas ciudades donde dejó alguna señal

su poesía se reúnen unánimemente para festejar su poesía, detenerse en un hombre de su siglo.

En Panamá, que no es París ni Nueva York, capital ferial del dólar latinoamericano, sitio visitado y arrasado por Sir Francis Drake y Sir Henry Morgan, Neruda dio un recital y escribió dos poemas sobre Panamá y el canal interoceánico.

Su verso emblemático fue: *una bandera sobre el canal*, profecía que se cumpliría décadas después.

El mar y las campanas son dos elementos nerudianos, de su vida y poesía, rodeado de mar en Isla Negra y unas campanas a la entrada de su mítica y visitada casa, el poeta fue fiel a sus motivaciones, amigos, país, cosas y casas. En uno de sus libros póstumos, *El mar y las campanas*, dice, casi con la metáfora famosa que Rodríguez Monegal le dedicara en un libro al propio Neruda: *De un viaje vuelvo al mismo punto, / ¿por qué? ¿Por qué no vuelvo donde antes viví / calles, países, continentes, islas / donde tuve y estuve? ¿Por qué será este sitio la frontera / que me eligió, qué tiene este recinto / sino un látigo de aire vertical / sobre mi rostro, y unas flores negras / que el largo invierno muerde y despedaza? Ay, que me señalan: éste es / el perezoso, el señor oxidado / de aquí no se movió / de este duro recinto: se fue quedando inmóvil / hasta que ya se endurecieron sus ojos / y le creció una yedra en la mirada.*

Rodríguez Monegal, como se sabe, le llamó: *El viajero inmóvil*. No sin razón, Neruda iba por el mundo, pero su poesía arrastraba el largo pétalo de Chile, y nunca dejó de vivir en Chile.

Neruda es casi inagotable, infinito, cubrió el gran maratón de la poesía del siglo XX y lo hizo como los antiguos corredores griegos, con todo el aliento. Amó la vida como pocos y le cantó con fervor, pasión, desde una orilla del mundo, el sur de Chile.

Walking around

Pablo Neruda

Sucede que me canso de ser hombre.

*Sucede que entro en las sastrerías y en los cines
marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro
Navegando en un agua de origen y ceniza.*

El olor de las peluquerías me hace llorar a gritos.

*Sólo quiero un descanso de piedras o de lana,
sólo quiero no ver establecimientos ni jardines,
ni mercaderías, ni anteojos, ni ascensores.*

*Sucede que me canso de mis pies y mis uñas
y mi pelo y mi sombra.
Sucede que me canso de ser hombre.*

*Sin embargo sería delicioso
asustar a un notario con un lirio cortado
o dar muerte a una monja con un golpe de oreja.
Sería bello
ir por las calles con un cuchillo verde
y dando gritos hasta morir de frío.*

*No quiero seguir siendo raíz en las tinieblas,
vacilante, extendido, tiritando de sueño,
hacia abajo, en las tapias mojadas de la tierra,
absorbiendo y pensando, comiendo cada día.*

*No quiero para mí tantas desgracias.
No quiero continuar de raíz y de tumba,
de subterráneo solo, de bodega con muertos
ateridos, muriéndome de pena.*

*Por eso el día lunes arde como el petróleo
cuando me ve llegar con mi cara de cárcel,
y aúlla en su transcurso como una rueda herida,
y da pasos de sangre caliente hacia la noche.*

*Y me empuja a ciertos rincones, a ciertas casas húmedas,
a hospitales donde los huesos salen por la ventana,
a ciertas zapaterías con olor a vinagre,
a calles espantosas como grietas...*

La infinita (Los versos del capitán)

Pablo Neruda

*¿Ves estas manos? Han medido la tierra,
han separado los minerales y los cereales,
han hecho la paz y la guerra,*

*han derribado las distancias de todos los mares y ríos,
y sin embargo cuando te recorren a ti,
pequeña, grano de trigo, alondra,
no alcanzan a abarcarte,
se cansan alcanzando las palomas gemelas que reposan
o vuelan en tu pecho,
recorren las distancias de tus piernas,
se enrollan en la luz de tu cintura.*

*Para mí eres tesoro más cargado de inmensidad que el mar
y sus racimos y eres blanca y azul
y extensa como la tierra en la vendimia.
En ese territorio, de tus pies a tu frente,
andando, andando, me pasaré la vida.*

Caballo de los sueños (Residencia en la tierra 1)

Pablo Neruda

*INNECESARIO, viéndome en los espejos
con un gusto a semanas, a biógrafos, a papeles,
arranco de mi corazón al capitán del infierno,
establezco cláusulas indefinidamente tristes.*

*Vago de un punto a otro, absorbo ilusiones,
converso con los sastres en sus nidos:
ellos, a menudo, con voz fatal y fría
cantan y hacen huir los maleficios.*

*Hay un país extenso en el cielo
con las supersticiosas alfombras del arco iris
y con vegetaciones vesperales:
hacia allí me dirijo, no sin cierta fatiga,
pisando una tierra removida de sepulcros un tanto frescos,
yo sueño entre esas plantas de legumbre confusa.*

*Paso entre documentos disfrutados, entre orígenes,
vestido como un ser original y abatido:
amo la miel gastada del respeto,
el dulce catecismo entre cuyas hojas
duermen violetas envejecidas, desvanecidas,*

*y las escobas, conmovedoras de auxilios,
en su apariencia hay, sin duda, pesadumbre y certeza.
Yo destruyo la rosa que silba y la ansiedad raptora:
yo rompo extremos queridos: y aun más,
aguardo el tiempo uniforme, sin medidas:
un sabor que tengo en el alma me deprime.*

*¡Qué día ha sobrevenido! ¡Qué espesa luz de leche,
compacta, digital, me favorece!
He oído relinchar su rojo caballo
desnudo, sin herraduras y radiante.
Atravieso con él sobre las iglesias,
galopo los cuarteles desiertos de soldados
y un ejército impuro me persigue.
Sus ojos de eucaliptus roban sombra,
su cuerpo de campana galopa y golpea.*

Vendrás conmigo...

Pablo Neruda

*“Vendrás conmigo”, dije, sin que nadie supiera
Dónde y cómo latía mi estado doloroso,
Y para mí no había clavel ni barcarola,
nada sino una herida por el amor abierta.*

*Repetí “ven conmigo”, como si me muriera,
Y nadie vio en mi boca la luna que sangraba,
Nadie vio aquella sangre que subía al silencio.*

*¡Oh amor, ahora olvidemos la estrella con espinas!
Por eso cuando oí que tu voz repetía
“Vendrás conmigo”, fue como si desataras
Dolor, amor, la furia del vino encarcelado
Que desde su bodega sumergida subiera,
Y otra vez en mi boca sentí un sabor de llama,
De sangre y de claveles, de piedra y quemadura.*

Desnuda eres

Pablo Neruda

*Desnuda eres tan simple como una de tus manos,
Lisa, terrestre, mínima, redonda, transparente,
Tienes líneas de luna, caminos de manzana,
Desnuda eres delgada como el trigo desnudo.*

*Desnuda eres azul como la noche en Cuba,
Tienes enredaderas y estrellas en el pelo,
Desnuda eres enorme y amarilla
Como el verano en una iglesia de oro.*

*Desnuda eres pequeña como una de tus uñas,
Curva, sutil, rosada hasta que nace el día
Y te metes en el subterráneo del mundo
Como en un largo túnel de trajes y trabajos:
Tu claridad se apaga, se viste, se deshoja
Y otra vez vuelve a ser una mano desnuda*

Paráfrasis casi desesperada

Rafael Pérez Ortola

Entre mis arcanos constituyentes dominan los subrayados selectivos de diferentes colores. Representan matices y aportaciones de diferentes fuentes que en demasiadas ocasiones se desperdigan. El polvillo de los papeles se apodera de la sustancia, creando una melancolía que afortunadamente nunca es total. ¡Ese poso, esa remembranza!

Existen mil provocaciones capaces de desempolvar aquellas esencias, una relectura casual, revisiones de algún concepto, interrogantes vitales o simplemente la manía recurrente de pensar de vez en cuando. En este caso, ¡qué mejor motivo!, esta conmemoración de Pablo Neruda celebrada por gentes interesadas por la poesía y por el sabor de la vida.

Uno de esos textos marcados es el 5º *poema de amor*. A partir de las citas parciales del mismo, trato de reverdecir el sentido de las palabras de amor, como también catapultar ese significado hacia un amor más generalizado a todos los humanos. El desespero deriva de las notables carencias evidenciadas en todas las partes del mundo, con el agravante de una proliferación que va en aumento.

El núcleo artístico de este poema nerudiano presenta una hondura significativa que invita a extender de esa manera su interpretación. Sigue despertando la sensibilidad de la expresión verbal y su relación de interlocución, captadora y emisora de unas fuentes de contactos humanos genuinos.

*«Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas en las playas».*

No se trata de voces estentóreas, mucho menos de gritos agudos, ni tan siquiera de palabrotas muy redundantes. El intercambio es consustancial al diálogo, supone una participación mutua y por lo tanto una conexión real insustituible. ¡Cómo va a ser posible sin alguna de esas cualidades!

En cuanto a impedimentos no se quedan atrás las medias verdades, las mentiras de grueso calado, o la rudeza en el trato. Sin dejar a un lado la influencia nociva de los ambientes o los medios audiovisuales, sus despropósitos generan un soporte poco apropiado para las comunicaciones interpersonales. El listado de elementos poco adecuados para dialogar se incrementa con notable facilidad.

Si un poco más actualizados nos asomamos a las televisiones, política, relaciones laborales o de convivencia, la crispación adquiere una relevancia notable. Los lenguajes tienden a convertirse en viperinos o simples estornudos linguales. Hasta tal estado de cosas que parece increíble. ¿Cómo esto puede ser obra humana?

Los versos proclaman la ternura, el acercamiento sencillo, la calidez en el trato; y quizá por ello van a dejar la señal discreta, como en la arena. Estos se constituyen en fuertes requerimientos para endulzar estas vidas tan ajetreadas e inconexas.

*«Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor como las hiedras».*

Si pudiésemos retomar los diálogos en el sentido referido, las realidades individuales y sociales generarían una globalidad de la buena, participativa. Cada agente sería capaz de captar lo importante de sus semejantes. No veríamos a los inmigrantes como extraños, a los sexos como enemigos, ni a los discrepantes como alimañas.

Es el modo de establecer una raigambre poderosa, al estar entrelazados será difícil el asalto a un único componente, a un solo individuo. Ya no estamos ante un Yo o un Tú tan nítidos como pudiera parecer. Lejos de aparecer desquiciados, uno en cada esquina, con sus diferencias enriquecen progresivamente la urdimbre común.

Y no estamos hablando de idealismos estratosféricos o disquisiciones enajenadas. Es muy sencillo, partimos de la base vital de cada persona. Sin embargo, destaca una exigencia insoslayable que por sencilla no es menos importante; si queremos hablar de personas o grupos sociales, no resulta válido un pronunciamiento vacuo, se requiere ejercer como tales, con la colaboración y ensamblaje necesarios.

*«Ahora quiero que digan lo que quiero decirte
para que tu me oigas como quiero que me oigas».*

¡Ay! Aquí topamos con otra de las dificultades notables cuando se trata de entablar un tipo de diálogo fecundo. Sin extendernos en tantos pensadores como los que desentrañaron esencias lingüísticas, ¿podemos expresar los sentimientos? ¿Vale más el silencio o la palabra? Baste con la contemplación de una situación menesterosa entre las expresiones cotidianas.

¿Será verdad todo lo manifestado por los profesores sobre las capacidades del alumnado en estos asuntos? Es fácil intuir la respuesta afirmativa. El desinterés y la mediocridad campan muy boyantes. Las muletillas y monosílabos han conseguido reinar con la inestimable connivencia de los medios electrónicos. Vamos consiguiendo un renovado analfabetismo.

Con tanto presumir de evidencias, damos por tales a puros datos contingentes y superficiales. Quedan muy lejanas las matizaciones, muy remotas las referencias a los aspectos sentimentales y atrofiadas de forma alarmante las razones argumentales. Lo que digo no lo siento, oyes sentimiento y escuchas pragmatismo, razones lo que digo sin saber lo que escuchas. Está claro. ¿No es así?

*«Pero se van tiñendo con tu amor mis palabras.
Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas».*

Aquí surge una cierta discrepancia, o quizá debiéramos hablar de inexactitud. Las palabras de cada uno se van modelando con el amor y con el desamor, con la cercanía y lo remoto, todo repercute en la forma de expresarse los humanos. Aun en el supuesto de una inmersión total en el otro, habrá que tener en cuenta los olvidos; si se olvidan cosas importantes pueden desvirtuar la relación.

Haciendo extensivos los versos a la paráfrasis social, nos enfrentamos a una minoría de amor dirigido hacia nosotros. Aquí es notoria la afluencia de actitudes desamoradas, tantas que se convierten en un melancólico clamor por parte del sujeto receptor. ¿Existe ese amor a los demás? No parece una realidad de este mundo.

Tampoco veo que circulemos por esa vía del todo lo mío o mi lenguaje lo ocupas tú. La persona humana no es un barril ocupado o vacío, no es un lienzo en blanco o emborronado. Tiene muchísimos más vericuetos que se rellenan de distintas maneras.

Sin desdeñar la licencia poética, ese todo ocupado refleja más una insuficiencia que una cualidad.

*«Voy haciendo de todas un collar infinito
para tus blancas manos, suaves como las uvas».*

Gran acierto este collar infinito, una labor de aportaciones, de palabras, de caricias, de hechos en una palabra. Como testimonio de mi presencia interesada en trasladar mis buenos deseos a la realidad de la otra persona. Ofrecimiento encaminado a realzar esa entidad de la persona amada. Se entiende que no se trata sólo de perlas, sino de todo tipo de buenas actitudes.

¿Qué sucedería si esta actitud se contagiara a otras relaciones? Aun sin llegar a esos niveles, la política parecería extraterrestre, la violencia de género no cabría, el trato entre unos y otros fluiría en vez de dar escupitajos... Si un contagio puede ser válido debemos procurar que sea este, en lo individual y en lo social.

Me temo malos augurios para estos anhelos. A fuerza de ridiculizar posibles excesos, nos hemos excedido hasta perder la orientación, ésta se dirige a lo pragmático. Y, tanto querer lo práctico ya no se sabe cómo practicar adecuadamente. ¿Qué voy a practicar si sólo sé hacer lo práctico?

Pablo Neruda expresa todas estas tesis de una forma nítida e inmejorable. ¿Qué es eso de una felicidad aislada y egoísta? Todos estamos en la misma aeronave que es la tierra en qué vivimos. Así escribe:

*«Los poetas tenemos el derecho a ser felices, sobre la base de que estamos férreamente unidos a nuestros pueblos y a la lucha por su felicidad».*¹

¿Cómo puede uno plantearse una vida sectorial? ¿Todo dividido en porciones y yo escogiendo una de ellas? Cada vez aprecio más las sensibilidades artísticas que son capaces de despertar en nosotros aperturas, comunicaciones, intercambios. Qué decir de esas culturas de pacotilla, por otra parte tan proliferantes, del consenso entre unos pocos. El vitalismo no puede ser nunca de un ente aislado, necesitando para eso una ansiedad febril por lo circundante, incluidos los animales humanos. En este sentido leemos esta confesión de Neruda:

*«Yo sigo trabajando con los materiales que tengo y que soy. Soy omnívoro de sentimientos, de seres, de libros, de acontecimientos y batallas. Me comería toda la tierra. Me bebería todo el mar».*²

Cuando recopilemos nuestros sentimientos y percepciones nos podremos encontrar con muchas sorpresas. Mal asunto si en ese resumen disponemos de un trazado plano. Desde las aportaciones cósmicas, la genética y las peculiaridades humanas, no paran de surgir matices, variaciones multicolores. Y ese variopinto acontecer es la marca de la casa para eso que llamamos vida humana.

¿Más caótica? ¿Perversa? ¿Amorfa? ¿Cualitativamente atractiva?

Por eso es tan desesperada esta paráfrasis, porque entre marginaciones, prepotencias, políticas arribistas y los melifluos contemporizadores de todas las latitudes, los anhelos se convierten en un verdadero enjambre, incontables personajes huidizos; mientras que la felicidad debe estar escondida en alguna parte. ¿O quizá esto no son más que elucubraciones?

Ahí radica el intrínquilis que no podemos dejar de lado. Si vamos a ejercer de personas ha de notarse en algo, será poco o se convertirá en inmenso, pero una cierta capacidad sí vamos a tener para participar en el resultado final. Si algo nos caracteriza es esa visión proyectiva. Y nada mejor que resumirlo con las palabras de nuestro poeta:

«...Es esencial conservar la dirección interior, mantener el control del crecimiento que la naturaleza, la cultura y la vida social aportan para desarrollar las excelencias... del poeta».³

Vitoria. España

1, 2 y 3: frases incluidas en *Confieso que he vivido*, Pablo Neruda.

El itinerario diplomático de Pablo Neruda

Dixon Moya

Para Amparito y Juancho, por tanto cariño

Chile podría definirse como una angosta franja de tierra recostada en una cordillera y condenada (por bendición) a ver eternamente el mar de frente. Quizás por ello, sus mejores frutos como los vinos y poetas, tengan sabor a suelo fértil, fragancia a brisa marina.

Una muestra, la mejor que podría encontrarse, es Pablo Neruda, nacido con otra identidad, pomposa y exagerada, en el Parral (nombre que suena a vino), quien a punta de versos logró iniciar un largo recorrido que lo llevó de un liceo masculino hacia la cima de las letras, pasando por varios países en donde fungió como representante diplomático de Chile. Ahora, cuando se cumplen cien años del nacimiento de Neruda, otros con más autoridad tratarán sobre su obra literaria, decir algo adicional sobre ese aspecto resultaría redundante. En mi caso, me interesa dejar una panorámica visión sobre el itinerario diplomático del poeta, recorrido que sin duda alimentó y promovió muchos versos. Para ello, tomaré como referencia las propias palabras del escritor, recogidas en sus memorias, *Confieso que he vivido*.

Al parecer el nombre bautismal de Neruda, casi tan largo como su país, Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, rendía un homenaje al de su madre, Rosa Neftalí, a quien no conoció pues murió poco después de dar a luz al futuro premio Nobel. Sin embargo, en el Liceo de Hombres de Temuco ya se hacía llamar Pablo Neruda; para no desatar las iras de su progenitor, que no deseaba un hijo literato, Neruda tomó su apellido de otro poeta checo, a quien casualmente había leído. Temuco fue la población donde vivió al lado de su padre casado en segundas nupcias. Pero, aunque es palpable en algunas de sus poesías la nostalgia por esa población pequeña, poblada por campesinos y lluvias constantes, Neruda estaba destinado a viajar por el mundo.

Es interesante observar cómo su carrera literaria fue paralela a su actividad diplomática, siendo la primera causa de la segunda. Entre 1923 y 1924 publica sus primeros libros de *poesía* (*Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*), mientras que en 1927 es designado como cónsul en Rangún (Birmania), y al año siguiente en Colombo (Ceilán). La publicación de los libros le proporcionó cierto prestigio, que facilitó su ingreso a la vida diplomática, gracias a que un amigo influyente intercedió en su favor luego de dos años de golpear la puerta del Ministerio de Relaciones Exteriores. Neruda relata esos momentos

de espera, tras largas conversaciones con el encargado de la dirección consular: «Aunque yo carecía de dinero para comer, salía a la calle esa noche respirando como un ministro consejero».

Fueron años de poco trabajo como funcionario consular, pues se limitaba a legalizar documentos de embarques comerciales transportados desde la India a Chile, así como reducida actividad social, aunque le proporcionó la oportunidad de conocer en Calcuta a Gandhi y seguramente dedicar muchas horas a la poesía, fruto de lo cual es *Residencia en la tierra*. Sin embargo, en su autobiografía se denota cierto desencanto; Neruda aclara que el Oriente no influyó en su escritura en lo temático o estilístico, sólo como marco o escenario. «No creo, pues, que mi poesía de entonces haya reflejado otra cosa que la soledad de un forastero trasplantado a un mundo violento y extraño».

En 1930 es trasladado a Batavia (Java); se publican nuevos poemas y contrae matrimonio. En 1933 es nombrado en Buenos Aires para ejercer funciones consulares; tiene la oportunidad de conocer a Federico García Lorca, lo que se constituye en su primer contacto con un país que lo marcaría como hombre y creador, España. Con García Lorca realiza un homenaje al gran Rubén Darío, mediante un texto escrito a dos manos y leído a dos voces, un discurso al alimón, metáfora de esa peligrosa suerte en la cual dos toreros comparten muleta.

El año de 1934 marca un cambio en su destino como diplomático y poeta. Es designado en Barcelona como cónsul mientras su amiga Gabriela Mistral ejerce el mismo cargo en Madrid; Neruda desde su llegada se siente enamorado y bien correspondido del entorno español, que le reconoce como vate. Aunque en Barcelona se siente a gusto con su jefe, Tulio Maqueira, cónsul general, los números le atormentan, mientras en Madrid le esperan las letras. «Descubrió rápidamente don Tulio Maqueira que yo restaba y multiplicaba con grandes tropiezos, y que no sabía dividir (nunca he podido aprenderlo). Entonces me dijo: —Pablo, usted debe vivir en Madrid. Allí está la poesía».

En efecto, en 1939 debe reemplazar a Mistral en sus labores en Madrid, debido a unas opiniones de la poeta contrarias al proceso de conquista español, lo que provoca su traslado. Neruda establece contacto y amistad con los poetas de la llamada Generación del 27. Sin embargo, los acontecimientos terribles de la Guerra Civil, particularmente el asesinato de García Lorca, inducen a Neruda a tomar partido a favor de la República en desprecio de los militares levantados, provocando una destitución disfrazada de supresión del cargo en 1936. De regreso en Chile, publicaría *España en el corazón* e inicia una serie de acciones a favor de los republicanos españoles, que lo llevaría a desempeñar su más entrañable cargo diplomático.

A pesar de estar recién operado y enyesado de una pierna, acepta gustoso el nombramiento en 1939 en París como «cónsul para la emigración española»; la comisión no podía ser más explícita, Neruda se encargaría en cuerpo y alma a adelantar gestiones para que cientos de españoles puedan emigrar a Chile, lo que más allá de simpatías políticas significó salvar las vidas de familias enteras. «Eran pescadores, campesinos, obreros, intelectuales, una muestra de la fuerza, del heroísmo y del trabajo. Mi poesía en su lucha había logrado encontrarles patria. Y me sentí orgulloso».

La mejor recompensa de Neruda fue saberse defensor de la dignidad humana; quienes hemos pasado por la experiencia consular sabemos que se trata de una actividad en ocasiones ingrata, que poco se reconoce, y cuyas satisfacciones son de orden espiritual, luego de ayudar a otro ser humano en dificultades. Sin duda, aparte de esta loable acción, Neruda siempre cumplió con sus deberes consulares; él mismo había sido víctima en su viaje a Oriente de aquellos funcionarios poseídos por un poder inexistente, quienes no reconocen que son servidores públicos: «Brindamos muchas veces en honor de todos los viajeros desdichados desatendidos por los cónsules perversos que andan desparramados por el mundo».

Después de tan noble actuación, Neruda es nombrado cónsul de Chile en México en 1940, un México «florido y espinudo». Allí se relacionaría con otros artistas comprometidos ideológicamente como Diego Rivera. Como era su costumbre, conoció el país en sus escenarios más puros y entrañables, donde el pueblo desarrolla su vida cotidiana. «Lo recorrí por años enteros de mercado a mercado. Porque México está en los mercados».

Vendrían entonces los años de la militancia política, su designación como senador de la República, las persecuciones que lo convertirían en exiliado, como aquellos a quienes protegió, pero al mismo tiempo su consolidación como poeta, siendo reconocido en altos centros académicos y literarios del mundo entero, que no hacían distinciones de posiciones políticas. El seudónimo Pablo Neruda se convierte, mediante acto debidamente notariado, en nombre legal. En su actividad pública llegó a ser candidato a la presidencia de Chile, declinando finalmente a favor de su amigo Salvador Allende, quien luego lo designaría embajador en Francia en 1971.

De esta manera, Neruda llegó al máximo cargo al que aspira cualquier diplomático, y así como paralelamente se habían mezclado sus actividades literarias y diplomáticas, en el mismo año de su consagración en el servicio exterior se le otorgó el mayor reconocimiento a su quehacer poético, el premio Nobel. Sobre este último acontecimiento no hay nada que agregar. En cuanto al cargo de em-

bajador, no fue del todo fácil, existía la resistencia de quienes consideran que los altos nombramientos diplomáticos deben ser otorgados a apellidos de tradición y linaje. «Tal vez los viejos embajadores se estaban vengando de un arribista que llegaba a suplantarlos sin méritos burocráticos ni timbres genealógicos». Para fortuna del señor embajador, fue nombrado como consejero de la Embajada otro buen funcionario con vocación literaria, «diplomático de carrera y escritor de relieve. Se trataba de Jorge Edwards».

Como es de conocimiento general, en 1973 el poeta y diplomático Pablo Neruda moriría en su refugio personal en Isla Negra donde, cuentan, había mandado instalar un techo de zinc para escuchar claramente las gotas de lluvia al caer, sonido que lo transportaba a su infancia. Se encontraba también en medio de la oscura tormenta que representó el golpe militar, el cual lo reconocía como enemigo y posible blanco de sus ataques. De esta manera terminará el itinerario vital de Neruda, a quien la posteridad le reconocerá como uno de los mejores embajadores del país de las letras para los hombres del futuro.

El hombre de los cien años

Gaby Solano

“...aquella gloriosa figura muerta
iba acribillada y despedazada
por las balas de las ametralladoras
de los soldados de Chile,
que otra vez habían traicionado a Chile”.

Pablo Neruda,
14 de setiembre de 1973

Sus últimas palabras encierran la amargura más profunda, la postrera y total decepción. Don Pablo las escribió con toda la ira de su espíritu apasionado, nueve días antes de morir, con el corazón destrozado, el 23 de setiembre de 1973. Él moría con su sueño; juntos habían llegado casi a los setenta años.

El libro, *Confieso que he vivido*, de Círculo de Lectores “por cortesía de los herederos de Pablo Neruda”, data de 1974. Empecé a leerlo en el colegio (el libro y yo tenemos la misma edad), y de esa época data mi cariño por el poeta que la mayoría de la gente ve como a un genio en un pedestal.

Nosotros los latinoamericanos crecemos oyendo hablar del gran poeta Pablo Neruda, de este chileno que ha elevado nuestro lenguaje, nuestra cultura y nuestro orgullo de mestizos hasta los límpidos salones del premio Nobel. El mejor elogio que puede hacersele, aún hoy día, es que sus poemas sobreviven en nuestras memorias a la funesta costumbre de hacerlos diseccionar en el colegio. Que sus palabras son tan viscerales y universales, que se encuentra a unos borrachos a los que sus novias o esposas han dejado, tirados en la calle recitando: “podría escribir los versos más tristes esta noche”.

Los poemas de Neruda se meten en la sangre; pero el hombre que los escribió es para la mayoría de la gente un misterio, un desconocido separado de los simples mortales por la grandeza de su obra, por su fama, por la frialdad y perfección que a veces da la muerte. No es recordado, en la actualidad, por haber sido el hombre que él creyó ser, el que uno conoce en su autobiografía y termina considerando su amigo y compinche.

El amigo Neftalí, que fue Pablo para escapar de su padre, que tenía tanto de mujeriego como de politiquero y arrogante. Uno podría decir que su vida, a los veintitantos, era una de esas que le inspiraron a Víctor Hugo sus héroes de las barricadas de París. Y a los sesenta y nueve años don Pablo seguía siendo el mismo.

Él fue uno de esos héroes que uno nunca encuentra en los libros; uno que llegó a viejo sin perder las ilusiones, uno que vio su corazón lleno a plenitud cuando su pueblo le dio a su partido las riendas, el poder para cambiar el mundo poniendo en práctica las ideas que tantas escaramuzas le habían causado.

¡Si don Pablo supiera quiénes le han sobrevivido todos estos años, y quiénes no! Y es que, hablando de él, no se puede dejar de hablar de política, porque nunca fue él de esos escritores que, creyendo conocer la verdad, han renunciado a ponerla en práctica, han desesperado del género humano. Si bien él luchaba con las palabras, más creía en los hechos y la acción. Quería aleccionar, salvar, ensuciarse las manos por su pueblo, pero sólo siguiendo sus propios ideales.

Ese es el Pablo completo: el escritor, el que coleccionaba cuernos de narval y mascarones de proa, el comunista. El que a los setenta años seguía creyendo como a los veinte; él que pasó a la historia no por pelear un día o un mes, sino toda una vida.

Alguien que amó y despreció a su país; a Chile que a veces fue con él desdeñoso, a veces opresivo, a veces amante.

Don Pablo tenía quince años de muerto para cuando yo lo conocí; cumpliría ahora cien años, cada vez más estimado y reverenciado en el mundo entero. Hoy, aún desinformados e incomprensivos, los latinoamericanos le damos las gracias. Porque ha habido hombres como él, es que estamos orgullosos de ser lo que somos.

Felicidades, entonces, a Chile y a Temuco; no todos los pueblos verán entre sus hijos a un hombre como este. A mí se me figura que si alguien quisiera hacer de su cara de chompipe un mascarón de proa, y lo dejara ir siempre al frente, rompiendo las olas y abriendo camino, estaría tal vez satisfecho. Superviviente, altivo y eterno, en este su centenario; y aún hoy saludando, con uno de sus poemas, a sus compatriotas:

*“Feliz año... Hoy tú que tienes
mi tierra a tus lados, feliz eres, hermano”.*

Cartago, Costa Rica

Palabra Neruda

María Elena Rodríguez H.

*...Yo tomo la palabra y la recorro
como si fuera sólo forma humana,
me embelesan sus líneas y navego
en cada resonancia del idioma.*
Poesía Neruda.

Podría escribir por ejemplo que el 12 de julio de 1904 en Parral, Chile, nace Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, y que en 1920 adopta el seudónimo que transformó estas palabras en nombre y poesía: Pablo Neruda.

Hablar de Neruda como poeta es más que hablar de su poesía, es intercambiar su postura y su conocimiento, su visión de la vida con su trabajo literario que lo convierte en escritor sin dejar de ser humano.

Desde su ojo poético y su sentir nos va contando su vida y sus conocimientos con responsabilidad, porque la responsabilidad la muestra tanto en sus textos literarios como en su postura política.

*Y entonces a la tierra bajó y no supo nada,
porque allí todo y todo estaba oscuro,
no supo que había dejado de ser pie,
si lo enterraban para que volara
o para que pudiera
ser manzana.
Al pie desde su niño.*

Poesía Neruda.

Cada quien con su visión, desde el lugar donde vive, va conociendo todo lo que nos rodea y los sucesos que acontecen en el mundo, pero que cada quien tiene su forma de ver la vida y en medio se encuentran quienes equilibran su sentimiento con su entendimiento.

Para vivir en algún lugar hay que integrarnos, hacerlo nuestro y pertenecer. Oler a esa tierra, producirla y ser parte del sembradío y de la cosecha. Neruda decidió integrarse al mundo, a su país, a su vida, al amor y a su don literario.

Somos parte de la conexión entre todas las cosas y las personas inmediatas que nos rodean, y a veces, con quienes ni siquiera en forma personal conocemos

pero con nuestros actos y hechos vamos inclinando el mundo a favor, o en contra de nuestro pensamiento y de nuestras realizaciones. Todo empieza y termina, sólo las palabras y los hechos permanecen.

“Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Pero no hay ni lucha ni esperanza solitarias. En todo hombre se juntan las épocas remotas, la inercia, los errores, las pasiones, las urgencias de nuestro tiempo, la velocidad de la historia. Pero ¿qué sería de mí si yo, por ejemplo, hubiera contribuido al gran pasado feudal del continente americano? ¿Cómo podría levantar yo la frente, iluminada por el honor que Suecia me ha otorgado, si no me sintiera orgulloso de haber tomado una mínima parte en la transformación actual de mi país? Hay que mirar el mapa de América, enfrentarse a la grandiosa diversidad, a la generosidad cósmica del espacio que nos rodea, para entender que muchos escritores se niegan a compartir el pasado de oprobio y de saqueo que oscuros dioses destinaron a los pueblos americanos.

Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida... Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía”.

Palabra Neruda.

Pablo Neruda como escritor fue creciendo más comprometido con lo que iba creando y con su vida.

El filósofo francés Gilles Deleuze, en el prólogo a su *Diferencia y repetición*, habla de que todos pensamos desde la punta misma de lo que sabemos, hacia lo que ignoramos.

Alguien que fue juntamente filósofo y novelista, Hermann Broch, afirmó rotundamente: “La escritura es siempre una impaciencia del conocimiento”.

Inventar es hacer creer algo que no existe, que es ficción. Crear es transformar con una visión personal algo que existe y que puede ser posible.

La realidad y los sueños se mezclan para crear algo que es posible y dé vida a una nueva forma.

Las esencias se mantienen, sólo se transforma para crear la visión personal de algo.

“Y pienso con no menor fe que todo está sostenido —el hombre y su sombra, el hombre y su actitud, el hombre y su poesía— en una comunidad cada vez más extensa, en un ejercicio que integrará para siempre en nosotros la realidad y los sueños, porque de tal manera los une y los confunde. Y digo de igual modo que no sé, después de tantos años, si aquellas lecciones que recibí al cruzar un río vertiginoso, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua más purificadora de las más altas regiones, digo que no sé si aquello salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento. No sé si aquello lo escribí o lo viví, no sé si fueron verdad o poesía, transición o eternidad los versos que experimenté en aquel momento, las experiencias que canté más tarde”.

“De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender de los demás hombres. No hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de lo que somos. Y es preciso atravesar la soledad y la aspereza, la incomunicación y el silencio para llegar al recinto mágico en que podemos danzar torpemente o cantar con melancolía; mas en esa danza o en esa canción están consumados los más antiguos ritos de la conciencia: de la conciencia de ser hombres y de creer en un destino común”.

Palabra Neruda.

Quien más sabe tiene mayor responsabilidad de compartir, de comunicar su conocimiento mediante el don del que fue beneficiado.

Neruda no tenía problema de compartir su poesía y desde ahí hablar para dar a conocer, por si alguien no sabía o lo habría olvidado, los acontecimientos que pasaban y su sentir. No ocultó su pensamiento político ni su filosofía de vida.

Si tenía que volver a decir lo que ya había dicho creaba otra forma de hacerlo, otras palabras que llenaran su boca y a la vez tuvieran significados diferentes.

*Nadie pudo
recordarlas después: el viento
las olvidó, el idioma del agua
fue enterrado, las claves se perdieron
o se inundaron de silencio o sangre.*

*No se perdió la vida, hermanos pastorales.
Pero como una rosa salvaje*

*cayó una gota roja en la espesura
y se apagó una lámpara de tierra.*

*Yo estoy aquí para contar la historia.
Desde la paz del búfalo
hasta las azotadas arenas
de la tierra final, en las espumas
acumuladas de la luz antártica,
y por las madrigueras despeñadas
de la sombría paz venezolana,*

...

*Tierra mía sin nombre, sin América,
estambre equinoccial, lanza de púrpura,
tu aroma me trepó por las raíces
hasta la copa que bebía,
hasta la más delgada palabra
aún no nacida de mi boca.*

La lámpara en la tierra.

Amor América.

Poesía Neruda.

Quien sabe lo que quiere puede ir en busca de ello y reconocerlo cuando llega a su encuentro.

Ir en busca de sí mismo para encontrarse y encontrar a los otros, para aprender, crear y crearse la oportunidad de manifestarse empalmando su personalidad, su talento individual a los demás y retroalimentarse igual.

“Si he narrado en este discurso ciertos sucesos del pasado, si he revivido un nunca olvidado relato en esta ocasión y en este sitio tan diferente al acontecido, es porque en el curso de mi vida he encontrado siempre en alguna parte la aseveración necesaria, la fórmula que me aguardaba, no para endurecerse en mis palabras sino para explicarme a mí mismo.

En aquella larga jornada encontré las dosis necesarias a la formación del

poema. Allí me fueron dadas las aportaciones de la tierra y del alma. Y pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza”.

Palabra Neruda.

Advirtió entonces de la vanidad del poeta y de los seres humanos en sí.

Del conformismo que se puede llegar a instalar en las personas, que nos puede llegar a todos cuando nos acostumbramos a ver sólo hasta donde nuestra mano alcanza a tocar la raya que nos detiene para avanzar y no deja que nuestro deseo crezca y ponga límite de tolerancia.

Es bueno conocer nuestros límites pero no limitarnos.

Nosotros mismos somos quienes con nuestra mente vamos poniendo límites a nuestros deseos y bloqueamos la parte creativa para realizar cosas de las cuales no nos sentimos capaces.

“Después de todo, ningún poeta administró la poesía, y si alguno de ellos se detuvo a acusar a sus semejantes, o si otro pensó que podría gastarse la vida defendiéndose de recriminaciones razonables o absurdas, mi convicción es que sólo la vanidad es capaz de desviarnos hasta tales extremos. Digo que los enemigos de la poesía no están entre quienes la profesan o resguardan, sino en la falta de concordancia del poeta. De ahí que ningún poeta tenga más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos; y esto rige para todas las épocas y para todas las tierras.

El poeta no es un ‘pequeño dios’. No está signado por un destino cabalístico superior al de quienes ejercen otros menesteres y oficios. A menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero mas próximo, que no se cree dios”.

Palabra Neruda.

*Estoy mirando, oyendo,
con la mitad del alma en el mar y la mitad del alma en la tierra,
y con las dos mitades del alma miro el mundo.*

*Y aunque cierre los ojos y me cubra el corazón enteramente,
veo caer agua sorda,
a goterones sordos.*

*Es como un huracán de gelatina,
como una catarata de espermas y medusas.
Veo correr un arco iris turbio.
Veo pasar sus aguas a través de los huesos.*

Agua sexual.

Poesía Neruda.

Pablo Neruda fue comprendiendo y reflexionando sobre la actitud de los gobiernos y de los ciudadanos del continente americano, de cómo algunos van deteniendo el desarrollo y cómo el crecimiento se estaciona por la no decisión de cambiar, de involucrarse con su país, de no alzar la voz y preferir mantener el silencio ante las injusticias e impunidad, cuando en la sociedad la justicia debería ser la virtud por excelencia de una nación.

Empezando por la educación todos deberíamos tener la libertad de elegir, ahora en el año 2004 tenemos mayor libertad, sobre todo de pensamiento.

Cada quien puede pensar lo que desee que suceda o que fuera, pero sin duda hay una realidad que nos cubre, que de tan clara no alcanzamos a verla y por la forma en que está expuesta nos lleva a un túnel aun más profundo de posibilidades. Aun en este siglo XXI nos dejamos guiar más por el poder que por la ley o la justicia.

El tiempo transcurre para América y nos vamos perdiendo, tratando de mostrarnos a nosotros mismos que somos capaces de crecer sin perder identidad, pero el deseo también se agota en esa lucha y terminamos rendidos entrando al juego del medio ambiente y de la sociedad. Neruda fue un escritor comprometido con el mundo y con su poesía.

*INNECESARIO, viéndome en los espejos
con un gusto a semanas, a biógrafos, a papeles,
arranco de mi corazón al capitán del infierno,
establezco cláusulas indefinidamente tristes.*

*Vago de un punto a otro, absorbo ilusiones,
converso con los sastres en sus nidos:
ellos, a menudo, con voz fatal y fría*

cantan y hacen huir los maleficios.

*Hay un país extenso en el cielo
con las supersticiosas alfombras del arco iris
y con vegetaciones vesperales:
hacia allí me dirijo, no sin cierta fatiga,
pisando una tierra removida de sepulcros un tanto frescos,
yo sueño entre esas plantas de legumbre confusa.*

*Paso entre documentos disfrutados, entre orígenes,
vestido como un ser original y abatido:
amo la miel gastada del respeto,
el dulce catecismo entre cuyas hojas
duermen violetas envejecidas, desvanecidas,
y las escobas, conmovedoras de auxilios,
en su apariencia hay, sin duda, pesadumbre y certeza.
Yo destruyo la rosa que silba y la ansiedad raptora:
yo rompo extremos queridos: y aun más,
aguardo el tiempo uniforme, sin medidas:
un sabor que tengo en el alma me deprime.*

*¡Qué día ha sobrevenido! ¡Qué espesa luz de leche,
compacta, digital, me favorece!
He oído relinchar su rojo caballo
desnudo, sin herraduras y radiante.
Atravieso con él sobre las iglesias,
galopo los cuarteles desiertos de soldados
y un ejército impuro me persigue.
Sus ojos de eucaliptus roban sombra,
su cuerpo de campana galopa y golpea.*

*Yo necesito un relámpago de fulgor persistente,
un deudo festival que asuma mis herencias.*

Caballo de los sueños.

Poesía Neruda.

Neruda no encontró todo el eco que le hubiera gustado. Trataba de hacer más llamados a la participación y a las ideas que no siempre se manifiestan y que todavía ahora, por una causa u otra, se quedan en el silencio, aunque luego nos

espantemos ante la alevosía y ventaja con que actúan personas y países que tienen el poder y nos da horror ver la capacidad del “ser humano” para destruir y causar dolor a otros seres humanos.

A veces el viento se lleva todo y por más que se intente cerrar el puño nada quedan sosteniendo los dedos, pero si abres las manos el viento recorrerá la palma de la mano, empujarás el aire con la fuerza del espíritu y podremos, tal vez, llegar a la otra orilla, porque Neruda también abogó por la esperanza, la fe que tenemos y la insistencia del pueblo americano por creer en algo y en alguien.

“Pero sí me di cuenta de una cosa: de que nosotros mismos vamos creando los fantasmas de nuestra propia mitificación. De la argamasa de lo que hacemos, o queremos hacer, surgen más adelante los impedimentos de nuestro propio y futuro desarrollo. Nos vemos indefectiblemente conducidos a la realidad y al realismo, es decir, a tomar una conciencia directa de lo que nos rodea y de los caminos de la transformación, y luego comprendemos, cuando parece tarde, que hemos construido una limitación tan exagerada que matamos lo vivo en vez de conducir la vida a desenvolverse y florecer”.

“Somos conscientes de nuestra obligación de pobladores y —al mismo tiempo que nos resulta esencial el deber de una comunicación crítica en un mundo deshabitado, y no por deshabitado menos lleno de injusticias, castigos y dolores— sentimos también el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en las estatuas de piedra, en los antiguos monumentos destruidos, en los anchos silencios de las pampas planetarias, de selvas espesas, de ríos que cantan como truenos. Necesitamos colmar de palabras los confines de un continente mudo y nos embriaga esta tarea de fabular y nombrar. Tal vez esa sea la razón determinante de mi humilde caso individual; y en esa circunstancia mis excesos, o mi abundancia, o mi retórica, no vendrían a ser sino actos, los más simples, del menester americano de cada día”.

“Comprendí, metido en el escenario de las luchas de América, que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma; con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrente pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos. Y aunque mi posición levantara o levante objeciones amargas o amables, lo cierto es que no hallo otro camino para el escritor de nuestros anchos y crueles países, si queremos que florezca la oscuridad, si pretendemos que los millones de hombres que aún no han aprendido a leernos ni a leer, que todavía no saben escribir ni escribirnos, se establezcan en el terreno de la dig-

nidad sin la cual no es posible ser hombres integrales”.

Palabra Neruda.

Alguna vez Pablo Neruda dijo que la poesía admite todo, siempre que el poeta sea como el rey Midas, aquel que, según la leyenda, transformaba en oro cuanto tocaba. Para el poeta puede ser poesía incluso el llamado “tema prosaico”. Hasta una receta de cocina, una oda al caldillo de congrio, será admitida en la casa de las musas siempre que la alumbre la luz de la poesía. Hay que descubrir siempre nuevos horizontes.

Es bueno contar con alguien a nuestro lado que va acompañando nuestras acciones y nuestra vida.

*¿De qué sirve un gato sin gata,
un ruiseñor sin ruiseñora,
una paloma sin palomo,
un caballito sin caballa,
una cangreja sin cangrejo,
un agujero sin raíces?*

Bodas.

Poesía Neruda.

Pablo Neruda llenó al mundo de amor en todos los niveles y fue trascendente, pero el amor hacia la pareja, hacia el enamoramiento, la pérdida y la ausencia de la persona amada, es un canto que se eleva aun más alto que el mismo amor.

*Yo digo amor, y el mundo se puebla de palomas.
Cada sílaba mía trae la primavera.
Entonces tú, florida, corazón, bienamada,
sobre mis ojos como los follajes del cielo
eres, y yo te miro recostada en la tierra.
Veo el sol transmigrar racimos a tu rostro,
mirando hacia la altura reconozco tus pasos.
¡Matilde, bienamada, diadema, bienvenida!*

Soneto LVI.

Poesía Neruda.

*Amo el trozo de tierra que tú eres,
porque de las praderas planetarias
otra estrella no tengo. Tú repites
la multiplicación del universo.*

...

Soneto XVI.

Poesía Neruda.

*América: no invoco tu nombre en vano
iallá voy, allá voy, piedras esperan!*

*A todo, a todos,
a cuantos no conozco, a cuantos nunca
oyeron este nombre, a los que viven
a lo largo de nuestros largos ríos,
al pie de los volcanes, a la sombra
sulfúrica del cobre, a pescadores y labriegos,
a indios azules en la orilla
de lagos centelleantes como vidrios,
al zapatero que a esta hora interroga
clavando el cuero con antiguas manos,
a ti, al que sin saberlo me ha esperado,
yo pertenezco y reconozco y canto.*

A todos.

Poesía Neruda.

“Cada uno de mis versos quiso instalarse como un objeto palpable: cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo: cada uno de mis cantos aspiró a servir en el espacio como signos de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmentos de piedra o de madera en que alguien, otros los que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos”.

Palabra Neruda.

Podríamos escribir los versos más triste esta noche, 23 de septiembre de 1973, cuando en Isla Negra, en medio de la tragedia que era Chile, Pablo Neruda dejaba de existir en cuerpo y presencia para existir por siempre en poesía y palabra.

“En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.

Así la poesía no habrá cantado en vano.

Año 1971, Suecia.

Palabra Neruda.

San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México.

Páginas y libros de consulta

- www.sololiteratura.com
- www.angelfire.com
- www.neruda.cl
- www.fortunecity.com/campus/spanish/297
- *Sobre vivir*, Fernando Savater.

Neruda: proyección y poesía para el futuro

Héctor Miolán

Sé que es muy difícil, por no decir imposible, escribir sobre un poeta como Neruda, del cual tanto han escrito, hablado, bendecido, maldecido y bien amado. Lo de difícil lo digo por lo peligroso que es escribir sin verse influenciado por otras opiniones o las del propio poeta, sin caerse del puente colgante que es él o caminar sobre el filo de la navaja y no cortarse. Cómo establecer un pensar dialéctico sin desdoblarse ante un código lírico, esteticista mas no estético, como pretenden establecer muchos de sus críticos benevolentes, como el conservador español Amado Alonso y otros criticastros que todavía hoy no resisten la proyección continua del poeta. Porque su moral es tan elevada y lo fue, más alta que cualquier vuelo, porque de todo lo que consiguió materialmente a su pueblo lo devolvió. Pero la herencia más grande que nos legó fue su estética literaria.

Fue Neruda un maestro del lenguaje en sus múltiples formas, en el manejo de la palabra como un genio; como un aladino frotó toda la naturaleza, los pensamientos, cantó como pocos a la cosa, ese todo que envuelve lo finito, lo físico y para otros lo metafísico, sin ser metafísico.

Por todo eso, los apolíticos, los anarquistas de la filosofía y la literatura, no pueden escaparse de su influencia arrolladora, tal es el caso de un escritor y crítico de derecha como Emir Rodríguez Monegal, quien tuvo que dedicarle más de un libro a parte de la obra del poeta y otros ensayos. Ese texto al que me refiero se llama: *Neruda, el viajero inmóvil*, del cual Neruda opinó: “Emir Rodríguez Monegal, crítico de primer orden, publicó un libro sobre mi obra poética y lo tituló *El viajero inmóvil*. Se observa a simple vista que no es tonto este doctor. Se dio cuenta en el acto que me gusta viajar sin moverme de casa, sin salir de mi país, sin apartarme de mí mismo” (véase *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda; Barcelona, Seix Barral, 1976, pp. 402-408).

Se puede decir que en cuanto a geografía literaria es cierto que a Neruda le gustaba viajar en sí mismo, hacia dentro de sí y de otros, pero en geografía real era más viajero que cualquier poeta universal conocido hasta ahora. Se ha de notar el rejuego literario que existe entre ambos autores, el autor como actor y dueño de las palabras; y Monegal como curtidor de piel literaria, y en ese sentido Neruda como hecho literario a trabajar. Es por eso que Neruda interesa a todos los seres humanos literariamente, poéticamente, aunque sufra rechazos políticos de sus oponentes de la otra acera, esa acera donde están y estaban los que les gustaba y les gusta aún *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, pero no así *Canto general*, como refererente odiseaco de nuestra América, des-

carnada poética y políticamente devorada por la estética del brillo y el consumismo. Porque eso es literatura y cultura, la cual se está incrustando en Chile y toda América. Chile principalmente, la primera vitrina para exhibir al mundo después de una masacre, masacre que los esteticistas anti-neruda silenciaron porque en su fondo subjetivista era ese su deseo, su libido poético.

Esa antipoesía que Neruda enfrentó en vida se transmutó en dolor, inscribiendo en las vigas de su casa en Isla Negra su nombre para que formara parte de todos los difuntos amigos que habían partido. Porque cuenta Humberto Díaz-Casanueva que le hizo pasear por toda su casa y le pidió que se fijara en los nombres inscritos en las vigas de su casa, por lo que Casanueva notó todos los nombres escritos por Neruda. Sabía el gran poeta que su nombre no sólo iba a inscribirse allí, sino que en toda la humanidad estaría permanentemente presente.

Esa antipoesía, repito, era la daga que portaba Neruda como un Espartaco de hechos y acciones. Porque la palabra para él era, cierto, un constructo para extender sus sentimientos particulares para la mujer y en extensión a la humanidad. No había en su interior un sentido de romanticismo suicida, aunque le dolió la muerte de un joven que se suicidó y en sus manos se le encontró un ejemplar de su *Residencia en la tierra*. Es antipoesía, sí, pero para los ignorantes que parlotean lo que otros ya han dicho, sin ir particularmente a la totalidad de su obra o a la totalidad de cada una de sus obras. Cuando digo totalidad, no quiero provocar pavor; por el contrario, quiero llamar la atención de que se puede advertir hasta en cada verso o prosa de Neruda un cuidado y un podar constante y delicado de las palabras y el verso desde *Crepusculario* hasta más allá de *Canto general*, incluyendo sus trabajos prosísticos como el discurso ante la Academia Sueca para recibir el premio Nobel de literatura; su novela, sus obras no incluidas en libros como hace constar una edición completa que hizo la casa editorial Losada.

Por ejemplo, su diálogo con Federico García Lorca en homenaje a Rubén Darío, donde ambos poetas demostraron tener respeto por la obra de Darío dándole con eso una fuerte cornada a la estética burguesa. Porque Rubén Darío fue un gran escritor y políticamente fue un gran reaccionario, un renovador del lenguaje oficial. Por lo tanto quedan los oponentes fariseos de Neruda, desarticulados literaria, estética y políticamente. Ver el diálogo de Neruda y García Lorca, donde dicen lo siguiente: “Neruda: —Hagamos esta noche su estatua con el aire, atravesada por el humo y la voz y por las circunstancias, y por la vida, como ésta su poética magnífica, atravesada por sueños y sonidos. Y entra Lorca: —Pero sobre esta estatua de aire yo quiero poner su sangre como un ramo de coral, agitados por la marea sus nervios idénticos a la fotografía de un grupo de rayos,

su cabeza de minotauro, donde la nieve gongorina es pintada por un vuelo de colibrí, sus ojos vagos y ausentes de millonario de lágrimas, y también sus defectos” (*Discurso al alimón sobre Rubén Darío por Federico García Lorca y Pablo Neruda*; publicado en el Sol, Madrid, 1934; *Obras completas III*, p. 631, cuarta edición aumentada, Editorial Losada, Buenos Aires, 1973).

Este homenaje que realizaron estos dos grandes, a la vez fue crítico para con los deudores del poeta, los deudores oficiales, los cuales muy poco habían valorado la grandeza literaria del vate nicaragüense.

Recalco lo de antipoesía, no sólo por las tesis de Nicanor Parra, poeta éste que a mí particularmente no me gusta, sino por lo que envuelve en fondo y forma. Reconozco que el arte siempre ha estado en mano del poder burgués políticamente hablando; no obstante este arte ha sido cobarde y se ha manejado siempre de manera escurridiza, nunca dice sinceramente en lo que cree, promueve el arte impresionista, luego el abstracto, y en la literatura hace una defensa también soterrada de una obra que embellezca, que las palabras sean bellas e ingenuas, nada políticas, todo inocente. Promueven una literatura apolítica y esteticista.

Se oponen rabiosamente a toda la obra de Neruda porque nunca quiso formar parte de su ramaje cultural; por ejemplo se denunció que a él la CIA le trató de boicotear el premio Nobel. Esa denuncia está contenida en una obra de investigación que realizó una periodista inglesa llamada Frances Stonor Saunder y la obra responde al nombre *La guerra fría cultural de la CIA*. Su línea fundamental: contrarrestar todo lo que era literatura, pintura y cultura progresista, y como estrategia fundamental destronar lo que fue el llamado realismo socialista en el cual insistían e insistían en encorsetar a Neruda.

El arte y la literatura de Neruda era y es como la bilis, amarga y agria para los simplones por un lado y por el otro lado para los estrategias culturales del sistema como lo fueron Amado Alonso y es aún Emir Rodríguez Monegal, quienes se valieron de su fina inteligencia y capacidad de escritura para rechazar, por lo menos Alonso, *España en el corazón* y en cierta medida al *Canto general*. Pero entiendo que en esa misma medida estética y literaria debieran rechazar la *Odisea* y la *Iliada* de Homero o todos los cantos de Whitman, el cual políticamente era un nacionalista que apoyó la invasión norteamericana a México y es bueno aclarar que esto no ha sido óbice para que poetas como Neruda y otros, como el gran poeta dominicano Pedro Mir, escribieran a partir de la estética de él de manera laudatoria, porque estos grandes poetas no se obnubilan, la política no los hace enceguersarse, y murieron haciéndole honor al gran aedo norteamericano, e inclusive, creo, nunca le reprocharon al poeta esa actitud nacionalista

políticamente errada.

Quiero hablar ahora sobre los conceptos que emitió el crítico y estilista español Amado Alonso sobre el estilo poético de Pablo Neruda en su libro al respecto. El mismo, como anteriormente había dicho, entra en el marco conceptual del esteticismo literario unilateral y reprobante. Cuando éste en su libro comenta parte de *Residencia en la tierra*, la parte exclusiva de *España en el corazón*, donde el poeta canta directa y estilísticamente de forma llana. De este poeta y crítico, me refiero a Alonso, quien da un salto cual torero que ha recibido una cornada por el toro embravecido. Porque las metáforas de todo el poemario no son barrocas, o encubridoras, sino a su criterio quevedesco, irónicas, muy a la usanza del poeta Quevedo. Pero veamos lo que dice Alonso: “La poesía de Pablo Neruda ha cambiado en su doble raíz de sentimiento e intuición, ha cambiado en la materia formada, y consecuentemente ha cambiado en la forma”. Prosigue el crítico: “Claro: ha cambiado no como quien trueca una espada por un espejo, sino como cambia un individuo en la continuidad de sí mismo”. Este crítico no resiste los cambios que ha experimentado Neruda, pero cambios, aunque molestos para él, porque Neruda dice: España pobre por culpa de los ricos, esa fue y es una verdad mayúscula; sus mejores poetas se lo llevó esa España rica a la tumba, al exilio, Miguel Hernández diezmado hasta morir, Lorca para nunca dejar rastro ni huellas de dónde está enterrado; acaso no es eso una poesía y estilo de la reacción política de la España católica y nacionalista.

En la misma obra Alonso continúa reprochando a Neruda, porque asume el discurso y estilo quevedesco, el cual él caracteriza como: “La misma voz poética es reconocible en la nueva poesía, aunque cambiada de tono. El mismo estilo, aunque alterado; la misma potencia verbal, ahora manifestada en violencia (Quevedo, antes y ahora, su antepasado poético más directo, parece haberle prestado su léxico de estallidos, especialmente el asqueroso y el caricatural)”. Amado Alonso, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, p. 352, Pocket Edhasa, 1979, Barcelona.

En pocas palabras, fue Neruda un Quevedo moderno, continuador de los exabruptos verbales de éste. Pero se equivoca el crítico y estilista, no hay nada de asquerosidad y caricaturil en los poemas de *España en el corazón*, porque en estos poemas hay profundidad estética, y exhorto a reelerlo concienzudamente, no sólo en el estilo, que aunque llano es profundo, y el axioma, la verdad que la historia recogió no puede ser escondida, ni en la poesía más esteticista que haya, porque este canto nerudiano viene de sus adentros y usa el lenguaje con belleza, y que la violencia que Alonso le reprocha la usaron los políticos y poetas que apoyaron el sistema franquista, ¿o acaso era tan inocente Manuel Machado, hermano del gran Antonio Machado, o él mismo en sus poesías y trabajos estilísticos?

Pues no.

Neruda hizo uso de su capacidad y estilo literario para aullar, si se quiere, para reprochar, también para salvar vidas de amigos y perseguidos, por eso hizo de su Winnipeg la esperanza para muchos que vivieron y además para otros, como Miguel Hernández que no le quiso acompañar. Si eso es tener un estilo quevedesco, está equivocado Alonso, porque la literatura no es ni inocente, ni neutral, es estética pero también ética. Porque el estilo es una forma o manera de decir con las herramientas concretas del arte o las letras lo que se quiere que permanezca y guste a unos, a pocos o a muchos. Porque en ese mismo sentido no se le podría reprochar la concepción aristocrática que tenía de la poesía el gran Juan Ramón Jiménez, por sus pretensiones de que la poesía fuera para una inmensa minoría.

Entre Neruda y Quevedo había una diferencia abismal: el primero no era irónico, ni coprológico, ni racista, ni católico recalcitrante, sino todo lo contrario, progresista y estilista fino y respetuoso hasta contra sus más grandes contrincantes poetas, así como respetuoso de sus amigos, como me lo confirmó su gran amigo Humberto Díaz-Casanueva cuando le manifestó que su poesía era poco realista pero que respetaba ese estilo.

Que se le reprocha lo de directo, es mejor que sea así, por qué no se le reprocha la supuesta apoliticidad de Dante en toda su vida literaria, pero que sin embargo estaba con los intereses más atrasados de su Italia contemporánea. Hasta aquí mi propuesta y respuesta en relación a los criterios de Amado Alonso.

Vuelvo a lo de estético, lo del gusto, y lo traigo a colación porque en 1983 entrevisté a un poeta y filósofo puertorriqueño, y de entrada me dijo: “A esta edad ya no me interesa Neruda”. Para mí este rechazo, como devoto del poeta, fue un choque demasiado duro, pero no para que dejara de seguir hurgando y cuestionando a otros escritores al respecto, como lo hice, entre los que estaban Humberto Díaz-Casanueva, chileno y amigo personal de Neruda, el español Dionisio Canas, el peruano Isaac Goldemberg y el gran puertorriqueño Klemente Soto Vélez. De estos escritores tengo entrevistas que me sirven de testimonio para estudiar y comparar esta figura literaria y política que es Neruda. De esto expondré más luego, cuando publique las entrevistas. Pero hoy me permito extraer lo que me expresó el poeta, crítico y ensayista español Dionisio Cañas. Éste me dijo lo siguiente:

“H.M.: ¿Qué es para ti la poética nerudiana?

D.C.: Si por poética entiendes el pensamiento poético que se desprende de su obra escrita en verso, diría (y esto es simplificando mucho), que lo esencial en la

poesía de Neruda es la abundancia. Abundancia en capacidad y calidad poética, abundancia en la intensidad poética, amor desbordante por el ser humano y por el mundo” (entrevista a Dionisio Cañas, por Héctor Miolán, Suplemento Cultural de La Noticia, Aquí, 28 de agosto de 1983, Santo Domingo, República Dominicana).

La opinión de Dionisio Cañas para mí entonces y ahora es muy valedera, porque no sólo sirvió para esclarecerme a mí y a otros, sino que fue explícito y directo sobre la teoría poética nerudiana. Esta teoría, me refiero a la poética en general, la desarrolló luego en su grandiosa obra *El poeta y la ciudad: Nueva York y los escritores hispanos*.

Voy a seguir trabajando a Neruda desde la teoría poética, desde la poeticidad, incluyendo todo lo que escribió, y por ende, luego de seleccionar unos que otros textos en prosas que he visto que no han sido tan estudiados, como lo han sido lo que es poesía pura y en sentido evolutivo-histórico desde la primera obra hasta sus últimos libros de poesía. Trabajaré en el sentido prosístico y particularmente sobre su novela corta: *El habitante y su esperanza* (*Obras completas I*, p. 115, Editorial Losada, Buenos Aires, cuarta edición aumentada, 1973). Esta obra es corta y merece un trabajo aparte; aquí no lo haré, sólo doy el dato para los interesados.

La bibliografía sobre Neruda es tan amplia como la de un Borges o un García Lorca. Y sigue creciendo porque es un clásico, que no pierde jamás la frescura lírica, literaria e intelectual; además es tomado en cuenta por grandes escritores-críticos como Harold Bloom. Pero uno de los trabajos crítico-literarios que mejor se han elaborado sobre la poesía de Neruda lo ha escrito el gran crítico argentino Saul Yurkievich, éste dice lo siguiente: “En la copa de sangre no sólo están postulados los objetivos de la poesía de Neruda, buscar el arcano que encierra la razón de su existencia, por el que inquiere confusa y ciegamente, sumergiéndose en sus aguas turbias, nadando a la deriva, penetrando en las entrañas de la tierra, en las intimidades de la materia, o sea confundiéndose intuitivamente con esas oscuras fuerzas genésicas sin poder explicarlas ni explicarse, también propone una estética, la del vitalismo sentimental y desbordante, la de la enajenación, la del irracionalismo que buscara instalarse mediante un salto imaginativo, que es siempre un naufragio, en lo recóndito del yo para captar dinámicamente el flujo que equivale al de la sangre, la savia, la humedad, el viento y los torrentes de la naturaleza”. (*Fundadores de la nueva poesía latinoamericana: Vallejo, Huidobro, Borges, Neruda, Paz*, p. 153, Barral Editores, S.A., Barcelona, primera edición, 1971). Esta cita que extrajimos de Yurkievich es toda una prosa poética, un párrafo de una sola oración, una poesía en verso para definir de un plumazo todo lo que él entiende sobre la poesía nerudiana.

Esta definición del crítico en cuestión, poeta también, logra mantener el ritmo comunicativo y expresivo y como pocos logra sintetizar lo que fue Neruda para la poesía.

En este mismo orden de calidad, aunque más intimista, se inscribe la antología poética que de Neruda hiciera ese otro grande de la literatura que fue Rafael Alberti, de donde extraemos las siguientes consideraciones: “Como cenizas, como mares poblándose... Y así también su imagen, que hoy, digo, quiero traer aquí, sacándola de entre los soles alegres, los vivos, claros, oscuros y dramáticos años de nuestra amistad”. (*Algunas breves imágenes de Pablo Neruda, Antología poética*, edición de Rafael Alberti, p. 19, Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1985, segunda reimpresión: México, 1997, Editorial Planeta).

El gran Alberti no podía hacer menos que este trabajo sobre y encima de la poética nerudiana para homenajear a Neruda, para con esto escribir sobre él y para él a través de la memoria recuperada, por eso inicia con esos versos de *Residencia en la tierra*.

Neruda y el futuro de la poesía

La división de los géneros literarios, a mi entender desde Aristóteles hasta acá, ha sido para el acomodamiento y disfrute estético del lector y el productor como autor, poeta o escritor. En esa vertiente, los teóricos y críticos literarios en los últimos tiempos se han planteando la desaparición de los géneros literarios, así como la hibridez de los mismos. Teóricos como el búlgaro Tzvetan Todorov han escrito al respecto, y el recién fallecido filósofo francés Maurice Blanchot habló de más allá del libro para explicar la teoría de la desaparición de los géneros. Pero aunque eso no es tan importante por ahora, es perentorio traerlo a mención para oponernos a la tesis comercial e intrusa de las casas editoriales, que en su afán de vender están clasificando lo que ellas entienden como vendibles. Su taxonomía literaria no es inocente ni ingenua; cuenta con asesores adversos o frustrados en el género poético (poesía), e indican forzosamente que el género narrativa es el mejor —en esto la publicidad juega su papel rector en desmedro de la poesía. Particularmente estoy en desacuerdo con esas políticas comerciales y reduccionistas en perjuicio de la literatura y sus géneros, sean híbridos o puros.

Con esto quiero introducir la opinión que Neruda dio en relación al futuro de la poesía, de lo que manifestó: “¿Qué pasará con la poesía en el año 2000? Responde: Es una pregunta peluda. Si esta pregunta me saliera al paso en un callejón oscuro me llevaría un susto de padre y señor mío. Porque, ¿qué sé yo del año

2000? De lo que estoy seguro es de que no se celebrará el funeral de la poesía en el próximo siglo. En cada época han dado por muerta a la poesía, pero ésta se ha demostrado vitalicia, resucita con gran intensidad, parece ser eterna. La poesía acompañó a los agonizantes y restañó los dolores, condujo a las victorias, acompañó a los solitarios, fue quemante como el fuego, ligera y fresca como la nieve, tuvo manos, dedos y puños, tuvo brotes como la primavera; echó raíces en el corazón del hombre” (*Para nacer he nacido*, Pablo Neruda, *Regalo de un poeta*, 2000 by Vergara & Reba Editores; Buenos Aires, Argentina, edición de Lidia Maria Riba, colaboración literaria: Emilia de Zuleta).

Tantos años han pasado y todavía están teorizando sobre el tema interesadamente, olvidándose que es el público lector el que determinará cuándo la poesía morirá, porque será cuando la humanidad desaparezca físicamente; no obstante, prácticamente se puede decir que la humanidad en estos momentos está manipulada por la estética y la prosa prosaica del arte burgués. Que es ella desgraciadamente la que determina qué se vende y qué no se vende en todos los órdenes. Pero en el mundo editorial ellos han dicho y repetido una mentira de que la poesía no vende, porque así ellos lo han determinado, pero no porque la poesía no tenga lectores: sí los tiene en gran demasía. Hay que comprender que la poesía, la verdadera poesía, nunca vende en el sentido que quisieran las editoriales, sino porque es la poesía paradójicamente la síntesis de todo lo que es pensamiento, lengua codificada, canal ideológico e instrumento para casi todas las academias determinar lo que puede ir incorporado o no a las nuevas palabras y neologismos. Así se puede decir de lo que es la prosa, un ramaje de poesía ordenado o diferente estructuralmente hablando. Si no es así, dése una lectura de todos los trabajos prosísticos de Neruda, Lezama Lima total, o de Goethe en su

Fausto, o el caso más clásico del gran poema de la *Odisea* de Homero, desdoblado prácticamente en novela. No soy partidario de establecer políticas culturales de detrimento contra ningún género literario o artístico, sin dejar de reconocer que todo es creación del hombre y la naturaleza, porque, por ejemplo, ¿no es el huracán un poema dramático, como lo es la tormenta, el volcán, la brisa apacible que acaricia los árboles? ¿De ahí todas esas odas de Neruda? ¿O también acaso no es la guerra un poema del hombre, donde éste es el poeta único y responsable? Porque Neruda fue una síntesis de antropología poética, porque es el hombre mismo una poesía, aunque practique diversos géneros literarios u oficios. Para finalizar este ejercicio me gustaría hacerlo con una acotación de Rolando Gabrielli, extraída de su hermoso trabajo *En defensa de la poesía*, donde dice: “La poesía de Neruda y el personaje son más profundos que las charlatanerías de sus oficiosos detractores, y no hay nada mejor en poesía que leer la obra, leer la obra. Neruda ocupó una época como una gigantesca tortuga en las

transparentes, torrentosas y a veces lúgubres aguas de su poesía en el sur del planeta” (*En defensa de la poesía*, sitio desarrollado por SISIB-Universidad de Chile).

Este crítico recoge también las opiniones positivas que tuvo de el Octavio Paz poco antes de morir, en una entrevista que le realizara el escritor chileno Jorge Edwards en su libro *Adiós, poeta*, donde reconoció a Neruda como el mejor poeta de su generación, que los españoles, que Borges, Vallejo, etc. Esto lo dijo un poeta y crítico políticamente correcto para con el sistema, que conste, el cual hasta problemas personales allá por los años treinta del siglo pasado tuvo con Neruda; pero eso no ensombreció su criterio literario.

Nueva York

“Josie Bliss”: un poema para comprender la tradición erótica en Neruda

Jorge Zavaleta Balarezo

Pablo Neruda (más que seudónimo, nombre literario de Neftalí Ricardo Reyes, 1904-1973) es, huelga decirlo, uno de los nombres prominentes de la poesía universal en el siglo XX. Con *Residencia en la tierra* y *Canto general*, además de otras obras señeras, Neruda combina, con sapiencia, cultura y naturalidad, el tránsito del hombre desde una experiencia inicialmente deudora del surrealismo complementada con su pasión erótica, impulsivamente sexual y sensual.

La impronta amoratoria, colmada de emoción, enfrentada a veces a la pulsión tanática y la destrucción, es, en Neruda, base de una obra vasta y generosa. Si el *Canto general* puede leerse, en una concepción panorámica, como un itinerario y una crónica histórica y política de “nuestra América”, en *Residencia en la tierra* asoma el espíritu más juvenil y rebelde de este autor sumamente original, que canta al mundo, al universo, y rescata la propia condición humana.

En esa línea, *Residencia en la tierra* —dividida en dos partes que comprenden, la primera los años 1925-1931, y la segunda 1931-1935— es un libro fundamental para entender la poética y la temprana ideología del escritor. La *Tercera residencia* (1947), de acuerdo a Emir Rodríguez Monegal, se integra al primer libro sólo en sus primeras partes, pues las tres últimas contienen poemas de decidido compromiso político y por ello se aíslan del conjunto (Rodríguez: 228).

Como se sabe, en su estadía en Oriente como diplomático y visitante, Neruda no tuvo una experiencia muy grata. Quizá lo más rescatable y sobre todo vital para el poeta, en esos años, fue su conocimiento y vinculación con Josie Bliss, con quien mantuvo una relación de amor-odio, en la que, sin embargo, termina por primar la certeza erótica.

En el presente texto nos dedicaremos al análisis de “Josie Bliss”, el poema que cierra *Residencia en la tierra*, sin olvidar su relación con la verdadera biografía del poeta, pero, al mismo tiempo, situando el texto como tal, producto de inspiración, trabajo y técnica, y ejemplo de una ficción renovadora.

Indudablemente los críticos han conectado “Josie Bliss” a “Las furias y las penas”, el enorme y exultante poema nerudiano contenido en la *Tercera residencia*, donde el vate resuelve sus dudas y salda sus deudas con esta mujer a la vez imposible y permanente objeto de deseo, de afecto.

Hernán Loyola, en su edición de *Residencia en la tierra* se pregunta: “¿Quién era realmente Josie Bliss? Sólo sabemos de ella lo que Neruda ha querido recordar. ¿Cuál era su verdadero nombre, ‘su recóndito nombre birmano’? Neruda no lo transcribe. A decir verdad, le fue difícil incluso llamarla con su nombre de fachada (...) en los textos de *Residencia*” (Neruda, *Residencia*: 30). Señala también Loyola que, a lo largo de la *Segunda residencia*, la amante birmana pugna, casi con necesidad, por abrirse paso ante el bloqueo “feroz y despiadado” que el poeta le impone y se ha impuesto a sí mismo (Neruda, *Residencia*: 31).

Pero, creemos, es finalmente una nostalgia, quizá más allá de todo control y medida, una fuerza quizá tan arraigada como el bloqueo previo, la causante del poema final, justamente el que lleva el nombre de Josie Bliss.

Anota Loyola: “‘Josie Bliss’ supone, en efecto, la nominación (legitimación en la escritura) de *lo oscuro* y de *lo bajo* desde una múltiple perspectiva: lo oscuro de la piel de Josie Bliss y de la pulsión pasional que ella desencadenó en el poeta; lo bajo de la condición social y cultural de la birmana, y de su ser salvaje, primitivo y ‘torrencial’ (desaforado, excesivo)”. (Neruda, *Residencia*: 58).

Poema de siete estrofas, erótico, sensual, de comunión y recuerdo de la pareja, con un sentido más bien nostálgico pero vivencial, “Josie Bliss” ha interesado a varios críticos por la nominación que consideran fundamental, tanto en el poema mismo como para las dos partes de *Residencia en la tierra*: “nombre definitivo que cae en las semanas / con un golpe de acero que las mata” (versos 3 y 4): el “nombre definitivo” es, obviamente, el de Josie Bliss, que, siguiendo a los versos citados, se prolonga en el tiempo pero a la vez lo extermina. Hay, sin duda, y ya desde este punto, una alusión a la voluntad y particularidad amorosa de Josie Bliss. Continúa el poema: “¿Qué vestido, qué primavera cruza, / qué mano sin cesar busca senos, cabezas?”. En este instante asumimos que la corporalidad y el factor o elemento erótico ya se asienta y toma posesión, para extenderse. El poeta, si acaso todo este poema es un permanente recuerdo, en este preciso momento se siente perturbado, emocionado, por el llamado de un clímax celestial, inolvidable y, por ello, irrenunciable.

La tercera estrofa, que comienza con: “El evidente humo del tiempo cae en vano”, evoca la sensación del mundo material, pero también sensorial, espiritual: el poema se traslada, en estos instantes, en medio de un universo de incertidumbres, en el que la temporalidad —la noción del tiempo que se va o se está yendo— parece decidir, finalmente, los destinos de los amantes. Si la naturaleza del vínculo amoroso, de pareja, su singular y apoteósico devenir, ya están establecidos, los versos 11 y 12 refieren a su vez: “de pronto hay algo, / como un confuso ataque de pieles rojas”. Aquí se ha sumado la violencia a la acción del

tiempo. No sólo el tiempo, con su evolución instantánea (cambio, transmutación) es heredero y portador de la violencia, sino la propia relación afectiva, en más de un instante está cargada de este ímpetu volcánico, negativo o positivo, polaridad radical que, sin embargo, aproxima a lo ambiguo.

Así, los versos 13 y 14 dicen: “el horizonte de la sangre tiembla, hay algo, / algo sin duda agita los rosales”. Nuevamente la inquietud del clímax sexual asoma puntual y efectivamente, pero, a la vez, el ambiente turbio proclama o predice la separación.

Algunos críticos han asociado, entre los versos 15 y 19, la mención del “azul” al color de la piel de Josie Bliss. En esta estrofa, a través de la metáfora del “color azul”, la voz poética evoca la figura de la amada, y se propone una renovada nostalgia, la remembranza imperecedera. Entre los versos 20 y 25, que empiezan con: “Tal vez sigo existiendo...”, el poeta define su lamento, su existencia aislada, su soledad presente y vivencial, su naturaleza primordialmente humana. No es fácil abandonar, tampoco olvidar los momentos de pasión, marcados con fuego. Menos aun si se trata de una compañera de ruta, de experiencias, de vida.

Josie Bliss, esta mujer del poema, y la verdadera, la que realmente existió e influyó tanto en la erotización de Neruda, es más que una amante o un recuerdo. Su omnipresencia en estos versos lacera y estimula, en una experiencia ambivalente, el sentimiento del bardo.

Entre los versos 26 y 30, que conforman la penúltima estrofa, se refleja el final de la relación pero también se confirma una continuidad: un amor que se niega a culminar. El verso 30 apunta con inequívoca claridad: “y en vano el humo golpea las puertas”. Aquí es más sencillo desentrañar el sentido de la expresión: es el cierre, la cancelación de un período. Pocos cantos románticos como éste se revelan tan cercanos y francos a lo largo de la obra nerudiana, y en especial en *Residencia en la tierra*, en la que hay otros poemas previos donde se advierte ya la presencia de Josie Bliss.

La estrofa final, según cuenta una anécdota, está inspirada en la emotiva despedida de los amantes en la vida real. Es sugerente este adiós después de años de convivencia, años llenos de éxtasis pero complicados y dolorosos por igual. Despedida definitiva y crucial que está poetizada como “los besos arras-trados por el polvo junto a un triste navío” (verso 32), alusión a un estado inquietante y determinado, ya sin escape. En *El viajero inmóvil*, Rodríguez Monegal cita, a propósito de este adiós, recuerdos de Neruda: “Dejaba a Josie, especie de pantera birmana, con el más grande dolor” (Rodríguez: 70).

La mención, nuevamente, del “azul”, en el verso final del poema, remarca la condición de permanencia de Josie Bliss en el texto, pero si lo vemos metafóricamente es asimismo la presencia constante, de cada día, de cada minuto, en cierta época, en la vida del poeta, del propio Neruda. Si en *Piedra de sol*, Octavio Paz, el otro grande de la poesía hispanoamericana en el siglo XX, nos recuerda a Laura, la “donna angelicata” de Petrarca, y a Isabel Freire, la mujer que rechazó a Garcilaso, curiosa y particularmente en “Josie Bliss”, la voz nerudiana canta con sabiduría y sin ningún desengaño, más que el del imposible olvido, a su propia musa, mujer y amante.

Como señalamos, un itinerario no más completo pero quizá sí más intenso e intimista de la relación entre Neruda y Josie, desde otra perspectiva, encuentra afortunada expresión en “Las furias y las penas”. Acudir a este poema nos ayuda a comprender el eros de un Neruda que, no pocas veces, también expresa su profunda soledad sexual, desprovisto de su plenitud como ser. La vivificación, explosión y expansión de la sexualidad recorre, con singulares resultados, la obra de Neruda. Por ello, en algún sentido, el título de *Residencia en la tierra* evoca la vida del ser humano en su hábitat más natural. Por ello, también, “Josie Bliss”, desdoblada en espontánea voz del poeta en tanto composición lírica, y como mujer celebrada y cantada, culmina la *Residencia*, como si cerrara, entre el desgarramiento del dolor y la plenitud del amor poético —representación de auténtico sentir personal— la puerta de esta obra cumbre.

Bibliografía

- **Neruda, Pablo.** *Residencia en la tierra*. Madrid: Cátedra, 2000.
- —, *Tercera residencia*. Segunda edición. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- —, *Canto general*. Madrid: Cátedra, 2002.
- **Rodríguez Monegal, Emir.** *El viajero inmóvil*. Buenos Aires: Losada, 1966.

Cuando la poesía no canta en vano

Teodoro Frejtman

*“Neruda significa un hombre nuevo en América,
una sensibilidad con la cual abre todo capítulo emocional americano.
Su alta categoría arranca de su rotunda diferenciación”*
(Gabriela Mistral, poeta chilena, Premio Nobel de Literatura)

Su nombre y apellido recorrerá todos los rincones de la tierra durante este 2004. A exactamente cien años de su nacimiento, Pablo Neruda será epicentro, eje y motor de millares de acontecimientos y eventos culturales en todo el mundo, en especial en nuestra América hispanoparlante.

La figura del genial chileno será, seguramente, evocada con la fuerza y la admiración de las generaciones vivientes que han tenido, desde los más diversos ángulos y en los más remotos lugares del planeta, oportunidad de acercarse al legado de este poeta cumbre.

Concursos, conciertos, exposiciones, vídeos, publicaciones, filmes, conferencias y muchas otras actividades delinearán y ratificarán la vigencia de su brillante obra.

Sin duda resulta demasiado escaso este espacio para sumar, en una adecuada dimensión, nuestro anticipado homenaje, y plasmar, siquiera en una muy ajustada síntesis, una modesta adhesión a tantos hechos distintivos a llevarse a cabo en el transcurso del año.

Neruda (1904-1973) fue y continúa siendo, tal vez, el más acabado y fiel referente de la poesía latinoamericana del siglo XX, y quizás el poeta más traducido de nuestro idioma. Hace mucho tiempo ingresó, para quedarse definitivamente, en el territorio de la mitología y, entonces, no es muy sencillo hallar algo realmente novedoso para aportar acerca de su monumental y trascendente obra.

Para su compatriota y famosa escritora Isabel Allende, “la poesía de Neruda es esencial, es un amor por las cosas, es el tocar el sonido, la textura”. Y lo reafirma al confesar “a mí me sirvió para comenzar a escribir, para saborear las palabras y conectarme con los sentidos”.

En opinión de nuestro Mario Benedetti “sus poemas son, antes que nada, ‘palabra’ y señalan la gran sensibilidad ante el lenguaje y el gran poder verbal”.

Leer o releer a Neruda es siempre una ventana a un mundo de mensajes testimoniales y su renovada presencia nos atrapa y lo hace universal; tal la colo-

sal calidad que liberan sus poemas, que ameritan el esfuerzo de un detenimiento para su cabal comprensión.

En una tan fugaz como enriquecedora visita que hiciéramos hace algún tiempo a su residencia en Isla Negra tuvimos ocasión de acercarnos más al autor de *Crepusculario* (publicado cuando tenía sólo 19 años de edad) y adentrarnos en los jugosos tramos de su impactante vida de incansable coleccionista de mágicos objetos, de idealista constructor de casas exóticas, de soñador empedernido, impulsado siempre, a partir de la intelectualidad de su pensamiento, a cambiar el rumbo en pos de hacer mejor la sociedad humana.

Comprobamos allí cuánto amaba el mar y las pequeñas maravillas de la tierra: relatan sus biógrafos que buscaba insólitas piedras, llaves extrañas, botellas verdes o azules, máscaras, muñecas, mascarones de proa de viejos barcos y hasta conchas marinas de grandes dimensiones trabajadas por el océano durante siglos, siendo además un asiduo visitante de los mercados y de las tiendas de anticuarios.

Neruda sabía que la poesía y la belleza estaban en todas las cosas, especialmente en las de todos los días, indispensables para nuestra existencia. Solía decir que “siempre me buscan para que explique mi poesía y yo no sé explicarla”. Nunca recordaba de memoria ni uno solo de sus versos, ni siquiera los más famosos. Tampoco leía sus propios libros, a los que acudía sólo cuando realizaba alguna disertación formal, a las que el público asistía a escucharle con recogimiento y admiración bíblica.

Su sublime y temperamental labor poética ha sido como su propia respiración y en su conjunto es casi su autobiografía. Jamás fue un espectador del mundo en el que le tocó vivir, sino que supo ser un protagonista activo y comprometido. Asimiló a su lírica la nieve, los bosques, los volcanes, las flores, el paisaje, los pájaros, el mar, el desierto y fue amigo entrañable de grandes poetas como García Lorca, Alberti y Hernández, entre otros.

De su magistral discurso en la Real Academia de Estocolmo, el día en que recibiera el Premio Nobel de Literatura, en 1971, rescatamos, para concluir, estas memorables frases:

“Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría.

”Pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimi-

dad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza. Y pienso, con no menor fe, que todo está sostenido: el hombre y su sombra, el hombre y su actitud, el hombre y su poesía en una comunidad cada vez más extensa, en un ejercicio que integrará para siempre en nosotros la realidad y los sueños, porque de tal manera los une y los confunde.

No sé si aquellas lecciones que recibí al cruzar un vertiginoso río, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua purificadora de las más altas regiones, era aquello que salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento. No sé si aquello lo viví o lo escribí, no sé si fueron verdad o poesía, transición o eternidad, los versos que experimenté en aquel momento, las experiencias que canté más tarde.

”El poeta debe aprender de los demás hombres. Es preciso atravesar la soledad y la aspereza, la incomunicación y el silencio, para llegar al recinto mágico en que podemos danzar torpemente o cantar con melancolía. En esa danza o en esa canción están consumados los más antiguos ritos de la conciencia: la conciencia de ser hombres y creer en un destino común.

”El poeta no es un ‘pequeño Dios’. El mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo, que no se cree Dios. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, llevar al horno, dorar y entregar el pan de cada día, con una obligación comunitaria. Y si el poeta llega a alcanzar esa sencilla conciencia, ésta podrá convertirse en parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de la sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre, la entrega de la mercadería: pan, verdad, vino, sueños.

”Si el poeta se incorpora a esa nunca gastada lucha por consignar cada uno en manos de los otros su ración de compromiso, su dedicación y su ternura al trabajo de cada día y de todos los hombres, el poeta tomará parte en el sudor, en el pan, en el vino, en el sueño de la humanidad entera. Sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes llegaremos a restituirle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando nosotros mismos. Necesitamos colmar de palabras los confines de un continente mudo y nos embriaga esta tarea de fabular y de nombrar.

”Cada uno de mis versos quiso instalarse como un objeto palpable, pretendió ser un instrumento útil de trabajo, aspiró a servir en el espacio como signo de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmento de piedra o de madera con que alguien, otros que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos.

”Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Hace hoy cien años exactos, un pobre y gran poeta escribió esta profecía: ‘Al amanecer, armados de una ardiente paciencia entraremos en las espléndidas ciudades’.

”Yo creo en esa profecía de Rimbaud, el vidente. Tuve siempre confianza en el hombre. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía y también con mi bandera.

”En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano”.

El magnífico tacto de lo impuro en la poesía de Pablo Neruda

Sergio Holas

*La cuestión es habitar, no el ser, sino la singularidad,
especialmente la alteridad en sus elementos
en ella incluidos negativos, inasimilables,
para poder refundar otro horizonte ontológico.*
Félix Guattari

*Se aprende la poesía paso a paso
entre las cosas y los seres,
sin apartarlos sino agregándolos a todos
en una ciega extensión del amor.*
Pablo Neruda

Introducción

En este trabajo me propongo recuperar y cartografiar aquellas zonas de impureza que, en la obra de Pablo Neruda, abren puertas hacia otros dispositivos de enunciación multiplicando los procesos de producción de la subjetividad. Interesa cartografiar aquellas nuevas zonas (léxicas, enunciativas, temáticas, discursivas) que Neruda, contestando a la estética del “purismo” elitista del lenguaje poético de Juan Ramón Jiménez, propone en “Sobre una poesía sin purezas” (1935).

Neruda y la cartografía de lo impuro

La exploración de nuevas zonas de intensidad poética, en Neruda, se correspondería con una renovada mirada del quehacer poético abriéndolo hacia lo impuro, es decir, aquello que constituía, en Juan Ramón Jiménez, desecho o basura indigna del pulcro acto de poetizar, de tal manera que Neruda amplía el quehacer poético extendiendo sus manos hacia la materialidad del mundo sin que prácticamente nada quede afuera de su quehacer y de su tocar. Pero, ¿qué emerge cuando decimos “impuro”? Para tratar de responder a esta pregunta me remitiré, antes de intentar cualquier otra afirmación, al concepto de lo “puro”. Según la primera acepción del *Diccionario de la Lengua Española*, lo “puro” está “(l)ibre y exento de toda mezcla de otra cosa”, para en su cuarta significación especificar que esta excepción tiene como característica el ser lo “(c)asto, ajeno a la sensua-

lidad”, y, en su décimo sentido establecer que “(t)ratándose del lenguaje o del estilo, correcto, exacto, ajustado a las leyes gramaticales y al mejor uso, exento de voces y construcciones extrañas o viciosas” (1,700). Lo “puro” enfatizaría, de acuerdo con lo anterior, la ausencia de mezcla, por tanto de contacto entre dos diferentes cosas. De acuerdo con esta lógica lo impuro resulta del contacto con alguna “(m)ateria que, en una sustancia, deteriora alguna o algunas de sus cualidades” (*D.L.E.*, 1,149). Se desprende de estas definiciones que lo “puro” estaría acotado dentro de ciertos límites claramente establecidos para salvaguardar esa “pureza”. En lo que a la poesía compete sería la “pureza” del “interiorismo”, esa especie de torre de cristal intocable a la que se retira el individuo para separarse del mundo “exterior”. Un universo de ideas o imágenes sin referencia al mundo. En otras palabras, ese centro al que atribuimos el sentido: el sujeto. Neruda buscará, consecuentemente, liberarse de ese centro del gobierno, escapando a su maquinaria de captura, y abriéndose a lo “impuro”. La impureza constituye un inmenso territorio no explorado en el que Neruda explorará las formas de lo posible.

En este sentido, Neruda recupera grandes avenidas para la exploración del lenguaje poético, constituyéndola en una praxis democrática que se distancia de los bordes previos y de la rigidez de esas formas que limitaban la diligencia poética a una actividad puramente intelectual centrada en la subjetividad del individuo. Para ello cuestionará el canon que buscaba censurarlas de acuerdo a patrones jerárquicos del “buen decir” poético, una especie de proceso sanitario de la lengua que buscaría eliminar lo sucio, lo soez, el garabato, los elementos de la cultura popular, el coloquialismo, en suma, la materialidad del mundo que las prácticas poéticas nerudianas habrían hecho posible recuperar para la poesía. Este énfasis de la poesía “pura” en la interioridad, por ende en la separación, llevó a Neruda al callejón sin salida de las dos primeras *Residencia en la tierra*. Esta pureza se situaría en ese sitio de la maestría del sujeto que ahora sabemos no es más que una ficción o gran narrativa antropocéntrica. En ese vuelco sobre la interioridad no habría para Neruda sentido puesto que la reducción anularía toda línea de escape de ese lugar fundacional que llamamos sujeto, ese *a priori* de todos nuestros argumentos acerca del mundo. Esta prioridad sería, para el Neruda que explora estas avenidas negadas, una máquina de captura puesto que éste, el sujeto, no está separado del universo “externo”, sino que se construye en un complejo proceso de interacción acoplado estructuralmente e interactuando con el “afuera” constituyendo un todo sistémico. Por ello Neruda se vuelve hacia aquellas zonas de intensidad que abren el universo hacia lo concreto y material de las cosas que constituyen el mundo externo, de un intenso materialismo, y de la alteridad, manifestando un deseo de relacionarse y expandirse hacia ellos, de tal manera que el sujeto poético se construya *en* la relación

entre yo-mundo, aspecto que la poesía “pura” condena categorizando negativamente como “el afuera”. Este deseo lleva a Neruda a desplazarse desde un polo solipsista (presente en sus dos primeras *Residencia en la tierra*) hacia un ensamblaje enunciativo que incorpora la voz del otro (presente sobre todo en *Canto general*). Neruda, por ende, entra en un proceso de acoplamiento que se expande hacia, cartografiando nuevas zonas de intensidad que le llevan a una “afirmación apasionada del afuera”¹ y de los roles que el otro juega en la articulación del yo, de tal manera que éste no está cortado, separado del otro, sino que se interrelaciona con él/ella haciendo más compleja y fluida su interpenetración. Éste ya no es un punto de hablada distanciado y separado del mundo, sino un ensamblaje en el que la enunciación se articula en relación con el deseo de devenir otro ya que el quehacer poético transforma al hablante que, en consecuencia, se transforma con/en la experiencia poética. El poeta sabe que el quehacer poético tiene un efecto transformativo sobre el ser poniéndolo en circulación.

Este desplazamiento ocurre históricamente debido a varios y complejos factores: la experiencia de la soledad y el aislamiento de sus años en el Oriente, la Guerra Civil en España, el asesinato de Federico García Lorca son algunos de los que han sido estudiados con profusión. Interesa aquí a mi argumento la formulación de esta problemática en el texto antes mencionado: “Sobre una poesía sin purezas”,² cuyas implicaciones para la exploración de la singularidad procuraré estudiar en detalle. La tesis consiste en que estos nuevos dispositivos de enunciación permiten la exploración de nuevas áreas de la experiencia de tal manera que nada quede fuera de la usanza de la poesía.

Emergencia de la impureza

En 1935, en Madrid, Pablo Neruda publica la revista *Caballo verde para la poesía*, y, para los primeros cuatro números de los cinco que alcanzaron a salir,³ escribió importantes prólogos-manifiestos en prosa poética en los que explora aspectos relacionados con su concepción de lo que constituye a la poesía. Me interesa aquí revisar el primero, aunque comenzaré por ponerlo en el contexto histórico en el que toma lugar. Dice Neruda:

1 Hernán Loyola, *Cuadernos americanos*, 129-162.

2 Pablo Neruda, “Sobre una poesía sin purezas”, *Obras completas IV*, 381-382.

3 Para conocer los pormenores de esta producción, léase “Caballo verde. (En aquél Madrid)”, Pablo Neruda, *Por las costas del mundo*, 211-215.

El sexto número de *Caballo verde* se quedó en la calle Viriato sin compaginar ni coser. Estaba dedicado a Julio Herrera y Reissig —segundo Lautréamont de Montevideo— y los textos que en su homenaje escribieron los poetas españoles se pasmaron ahí con su belleza, sin gestación ni destino. La revista debía aparecer el 19 de julio de 1936, pero aquel día se llenó de pólvora la calle. Un general desconocido, llamado Francisco Franco, se había rebelado contra la República en su guarnición de África (pp. 214-215).

Neruda publica estos números de la revista en los seis meses previos al comienzo de la guerra civil española. Estos prólogos definirán el cambio más importante en el dispositivo enunciativo de la voz poética, cambio que ya se veía tomar forma en su práctica inmediata y anterior a la guerra misma. Neruda, en consecuencia, ya estaba en el camino del cambio y cuestionaba el modelo enunciativo solipsista a que había llegado en su navegación por los mares del Oriente y el individualismo existencialista de esta experiencia de la soledad presente —como ya había mencionado más arriba— en sus dos primeras *Residencia en la tierra*. Frente a esta calle sin salida enunciativa, el poeta se abre hacia “el afuera” y hacia el otro. El cambio más grande es gatillado por la guerra civil española y toma forma precisa en la *Tercera residencia* que comienza justamente con el poema titulado “La ahogada del cielo”,⁴ poema que reenvía al intertexto de García Lorca “Vuelta de paseo”, primer poema de *Poeta en Nueva York*⁵ en el cual el poeta español expresa la imposible tarea de continuar con su alegre voz poética y de seguir escribiendo como antes, pues la escritura feliz de ese antes es ahora, ante la experiencia de Nueva York, una “mariposa ahogada en el tintero”. Neruda, en consecuencia, al citar este intertexto en el primer poema de su *Tercera residencia*, recoge esta imagen de la “mariposa ahogada en el tintero” para testificar la muerte, la dificultad de continuar con la voz previa, y, en consecuencia, con el ensamblaje enunciativo que la constituye, ya que las faenas de la noche —con sus deberes del odio y la negación de la legitimidad del otro— que emergen con la guerra civil hacen imposible seguir escribiendo como si allí nada hubiera sucedido. Pero este escollo con el cual se encuentra la voz poética ya había comenzado a hacer crisis antes de la guerra civil. La guerra gatilla la imposible continuidad de esa inocencia desde la que cantaba esa voz. Esta anticipación a la que me refiero aquí comienza a tomar forma en su prólogo al primer número de la revista *Caballo verde para la poesía* de octubre de 1935: “Sobre una poesía sin pureza”. Este prólogo colinda con el manifiesto poético ya que afirma la necesidad de abrir el quehacer poético hacia aquello que ha sido, hasta ese entonces, considerado desecho, basura que debe estar ausente del

4 Pablo Neruda, *Tercera residencia (1935-1945)*, 9.

5 Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*, 11.

quehacer escritural. Frente a esta clausura molar, que institucionaliza un léxico, unas ciertas formas genéricas, un modelo enunciativo, y una sanidad verbal, Neruda reacciona con la total demolición de las murallas que encierran al lenguaje poético dentro de una hermosa y pulcra cárcel canonizada por los prelados de la curia juanramoniana, ya que la poesía, como práctica humana, es fundamentalmente impura, y por ello está abierta a la alteridad y a su ocurrir en el tiempo, y por ende en la historia. Los trazos que el trabajo y la historia humana dejan en las cosas dan forma a la impureza en la que Neruda está interesado.

Hacia una estética que es también ética

Pero no todos perciben esta impureza y otros simplemente la dejan afuera de la ciudad letrada, puesto que se alinean ideológicamente del lado de los procesos de molarización y territorización de la ideología capitalista que permea a cierto tipo de poesía con su afán de purismo, separando ética de estética, aspecto característico del arte en la modernidad europea puesto que actualiza la comercialización del arte y lo hace circular sólo como objeto de placer estético, negándole así cualquier implicación ética. El arte produce placer inmediato, gratificación instantánea, pero no cambia al sujeto (no hay, en la circulación capitalista, proceso de molecularización que dure) y no sirve para cambiar la vida, dejándonos instalados en el mismo horizonte ontológico de siempre, es decir, en la rutina.

En Neruda, por el contrario, esto llevará a un re-unir ética y estética en una serie de textos, siendo el más notable su *Canto general*,⁶ en el cual el dispositivo de enunciación que lo genera es de tipo colectivo⁷ ya que los seres que habitan los ríos profundos de la historia de la América negada son invitados por el hablante a hablar por su boca.⁸ Es importante hacer notar en este momento del argumento que esta invitación no significa hablar *por* el universo indígena, sino más bien que el poeta pasa a ser como un *werkén* mapuche, un mensajero que ayuda a mantener la tradición y las historias que la fundan y la mantienen viva, como si fuera una caja de resonancia, constituyéndose en una boca *por* la que

6 Pablo Neruda, *Obras completas*. Tomo I, 319-722.

7 Entre otros, véase de Jaime Concha y Gastón von Dem Bussche. Jaime Concha habla del “eco de un canto colectivo”, aunque no desarrolla este problema al nivel de la enunciación, sino que hace, más bien, una lectura biográfica de la trayectoria de Neruda.

8 Sobre el concepto de *werkén* véase de Elicura Chihuailaf, *Recado confidencial a los chilenos*.

habla un colectivo, de allí su carácter democrático en el sentido más amplio. Efectivamente, Neruda invita a que el otro negado hable por su boca, esto significa que son todos los otros, tanto los vivos como los muertos, los que así harán ya que el universo indígena es evidentemente colectivo y sus tradiciones se transmiten a través de esa suerte de caja de resonancia que es el *werkén*. En este sentido es que el hablante poético de “Alturas de Machu Pichu” deviene voz colectiva.

En un segundo momento y en el contexto de la división ideológica conducente a la guerra fría, este deseo de abrirse hacia el “afuera” lo lleva también a caer en la trampa de la idealización de un modelo (el soviético) por sobre el otro (el capitalista), siendo atrapado su quehacer poético (idealización) por la maquinaria despótica del estalinismo (el realismo socialista), del cual Neruda logrará escapar abriendo otras líneas de vuelo. Aquí radica la grandeza, el esplendor y también el voluntarismo equívoco de Neruda.

Habitar la quietud para percibir la impureza

La impureza, sin embargo, sólo puede ser percibida en un momento de quietud, de descanso del trabajo. Durante éste resaltan las huellas que el paso del tiempo, la energía de vida gastada, deja impregnadas en el objeto. Los instrumentos resultan así humanizados y se constituyen en una especie de continuidad del cuerpo social. Este nuevo dispositivo enunciativo hace posible vislumbrar las uniones que hacen emergente el mundo de la cultura en el que vivimos. Me parece que es justamente esto lo que le constituye en un ser cuya percepción habita allí donde nadie más lo hace: reuniendo lo que aparece, a simple vista, como separado y dando figura a un universo discontinuo. ¿No ha sido ésta la función fundamental del arte a lo largo de la historia no sólo occidental? Contra el mundo de la fragmentación a que el trabajo en el capitalismo nos lleva, el poeta vislumbra los puentes, los lazos, los encadenamientos que unen al trabajador con su herramienta y su obra: el universo de la cultura en la que vive. Contra la fragmentación ideológica que quita poder al trabajador, el poeta percibe y observa cuidadosamente el universo de los objetos para rescatar del olvido aquello que ha sido declarado impuro por los que nombran la ley poética: “(e)s muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso” (O.C. IV, 381).

Habitado por huellas

Es, por tanto, trabajo del “observador”⁹ el recuperar las huellas del esfuerzo humano presentes en los objetos producto del quehacer humano. Y, que además, esta es “una atracción no despreciable (del poeta) hacia la realidad del mundo” (O.C. IV, 381), en la cual el poeta se vuelca hacia esas huellas inscritas en la materialidad del mundo por el trabajo del otro. Esta atracción abre infinitas zonas de intensidad en el cuerpo de la cultura para la exploración poética. Si usara aquí la metáfora del cuerpo para nombrar a la cultura, entonces podría afirmar que Neruda es un enamorado del cuerpo, de la materialidad de ese cuerpo que llamamos cultura, y, que, por ello, deseó poseerlos y coleccionarlos. ¿No es esto lo que está en el corazón del coleccionista? Es el amor por esos objetos, y, por ende, su amor por la cultura lo que me permite afirmar que Neruda es como un detector y colector de zonas de intensidad y de huellas del trabajo humano. Que lo que interesa en el objeto es la huella misma, la impureza, el rastro fantasmático del trabajo y del viaje de la vida impregnada en el objeto. Neruda, como colector, está apasionado por esa impureza presente en los objetos: colecciona esos fantasmas. Esa huellas impuras percibidas por el poeta configuran la historia invisible del acoplamiento y de las continuidades entre trabajador y herramienta y de lo que de este encuentro emerge: el mundo humano. La impureza, por tanto, es la marca que dejan los trabajos y los días. En este sentido, el poeta puede recoger en su poesía las huellas “salpicada(s) por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley” (O.C. IV, 381).

La poesía, de acuerdo con esta interpretación, está llena de puertas hacia estas actividades legales e ilegales, es decir, canónicas como también singulares e impuras. Todo puede, por lo tanto, formar parte de la práctica poética, pues las actividades que habitan el universo de las culturas no son singulares sino múltiples. Vale la pena enfatizar lo anteriormente dicho: el poeta observador no sólo vive el universo cultural de los objetos creados por la cultura, es decir, no únicamente asigna un valor utilitario a los objetos, sino que es también capaz de distanciarse con respecto a ellos para mejor observarlos. En esto se juega su quehacer específico: en tener la habilidad necesaria para percibir las huellas del esfuerzo humano, del proceso que nos hace humanos, a saber, de la energía de vida que gastamos (trasladándola al objeto) en el trabajo. Es, por tanto, esta energía la que se impregna en las cosas dejando allí sus marcas, su impureza, sus deformaciones, sus callos, sus sudores, sus dolores, sus esfuerzos: todo esto y más puede leerse en el objeto. ¿Qué características tienen, según Neruda, estas hue-

9 Véase de Humberto Maturana, “Ontología del conocer”, en su *La objetividad. Un argumento para obligar*, 75-84.

llas del trabajo en los objetos culturales? Estas huellas modifican su forma material ya que la mano los desgasta para acoplarse a ellos de tal manera que se continúa el uno en el otro, acomodándose el mango de la pala a la forma de la mano y la mano a la forma del mango, acoplamiento que deforma la “pureza” de la mano y, a su vez, deforma la “pureza” del mango. Las formas de esta continuidad, de este afectarse el uno por el otro, se manifiestan en los verbos: gastar, penetrar, oler, salpicar entre otros. Las cosas son gastadas por el uso, penetradas por el sudor y la orina, están salpicadas de manchas de comida o aceite o pintura. Todas estas huellas de su esfuerzo, el hombre y la mujer, las dejan en las herramientas con las que trabajan, se visten, cocinan, se protegen, se aman u odian. Estas huellas despiertan el deseo del poeta. Contra la pérdida de la capacidad perceptiva que implica la rutina, el poeta-colector es aquel que percibe y percibiéndolas rescata esas marcas de la intensidad. Éste es el “magnífico tacto” al que se refiere Neruda. Éste es el encuentro que actualiza el poeta. Éstas las zonas de intensidad en las que se percibe la vida. Éstos los esfuerzos.

Esta atracción de la huella reconstituye los lazos de continuidad entre el yo y “el afuera” sacándolo del solipsismo que lo encerraba y separaba del universo cultural en el que habitaba hasta la *Segunda residencia*. Ante la clausura solipsista del ego patriarcal, instrumentalizante y cartesiano, Neruda se abre al efecto de imantación, de atracción hacia las huellas del trabajo y la alteridad afirmando el *socius* en el que se funda lo humano. Traigo aquí a mi argumento las palabras de Humberto Maturana¹⁰ acerca de lo que nos constituye como seres humanos:

lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones, y que aquello que un observador dice que un Homo sapiens sapiens hace fuera del conversar no es una actividad o hacer humano. Así, el cazar, el pescar, el atender un rebaño, el cuidado de los niños, la veneración, el construir casas, el hacer alfarería, la medicina, como actividades humanas, son diferentes clases de conversaciones, y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones consensuales de acciones y emociones (31).

El poeta, por tanto, desarrolla una visión amorosa que es capaz de reconocer aquellas huellas del trabajo, huellas que la poesía “purista”, de creación de mundos posibles a-históricos, no considera dignas de ser parte de la poesía. No hay amor por el mundo en la poesía purista, sino narcisismo y rechazo del cuerpo y la cultura. La poesía purista, de hecho, vive en esta contradicción, puesto que se quiere constituir en la expresión más alta de la cultura a pesar de que rechaza la

10 Humberto Maturana y Gerda Verden-Zöllner, *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*.

materialidad de sus huellas. La poesía “pura” se niega a la percepción de las huellas del esfuerzo que implica el trabajo humano, para ella la poesía se mueve en un espacio depurado de humanidad, es literalmente, inhumano, ya que no reconoce las marcas de esa impureza eliminada de la ciudad letrada. Para Neruda la poesía impura consistirá en el acto amoroso de re-humanizar la percepción del universo cultural puesto que trae de vuelta a los olores, manchas, sudores, deberes, amores, trabajos, esfuerzos, dolores que nos abren líneas de vuelo hacia esas otras historias de vida. Por ello, en Neruda, los objetos son vistos bajo una nueva luz que hace posible percibirlos como una extensión —están acoplados— del cuerpo, la inteligencia y la creatividad humana. Neruda se manifiesta así como un humanista, puesto que percibe la continuidad de la actividad y energía de vida humana en el universo cultural que le rodea. Esta capacidad de percibir estas impurezas producidas por la actividad le ha permitido al poeta ver “la constancia de una atmósfera humana inundando las cosas desde lo interno y lo externo” (*O.C. IV*, 381). La impureza resulta del existir en el tiempo ya que las cosas, como la poesía, están gastadas “como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diferentes profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley” (*O.C. IV*, 381). No hay posibilidad de purismos cuando quien usa las cosas las contamina al tocarlas con sus fluidos, secreciones y efluvios. Esta negación, que Neruda opone a la esterilización del mundo de la poesía, constituye una fuerza afirmativa de esas otras huellas e historias, le hace posible demoler los postulados puristas, y, así como el universo humano es impuro, así también la poesía es “impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzantes, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos” (*O.C. IV*, 381-382). Neruda vuelve a situar la práctica poética en el tiempo humano, es decir, la asienta en la historia y en la intrahistoria. La poesía, en este sentido, comienza ya, con Neruda, a descender de los espacios olímpicos desde los que reinaba indiscutidamente.

Entrada en la profundidad de las cosas para percibir “ese magnífico tacto”

En la nueva poesía orientada por este prólogo-manifiesto entra todo aquello que es tocado por el “magnífico tacto” (*O.C. IV*, 382) de los hombres y mujeres, pues la cultura entera —por ende todos sus objetos— es depositaria de esas huellas dejadas por:

los decretos del tacto, olfato, gusto, vista, oído, el deseo de justicia, el deseo sexual,

el ruido del océano, sin excluir deliberadamente nada, la entrada en la profundidad de las cosas en un acto arrebatado de amor, y el producto de la poesía manchado de palomas digitales, con huellas de dientes y hielo, roído tal vez levemente por el sudor y el uso. Hasta alcanzar esa dulce superficie del instrumento tocado sin descanso, esa suavidad durísima de la madera manejada, del orgulloso hierro. La flor, el trigo, el agua tienen también esa consistencia especial, ese recuerdo de un magnífico tacto (*O.C. IV*, 382).

A modo de breve conclusión puedo afirmar que el poeta, en consecuencia, rompiendo con la clausura de una subjetividad solipsista, se abrirá hacia “el afuera” para así percibir las huellas del pasaje humano en los objetos que constituyen la cultura y la poesía tome el lugar que le corresponde entre los quehaceres y las tareas: a saber, el de nombrar aquello que no había sido nombrado hasta ese entonces: lo impuro, puesto que esto es huella de ese “magnífico tacto” de los hombres y mujeres que hacen emergentes y edifican, con su actividad, las culturas.

En este trabajo me he propuesto cartografiar o construir el mapa de ciertas zonas de intensidad que Neruda abre a la navegación del hablante poético. Avenidas discursivas que han ampliado, sin duda, los márgenes que el “purismo” de Juan Ramón Jiménez y sus acólitos buscaban restringir con el *corset* del “interiorismo” de un sujeto poético que se atribuía a sí mismo un trascendentalismo *a priori* que lo despegaba del mundo de “afuera”. Contra este ser superior luchando con sus propios fantasmas, Neruda emerge vital en esa búsqueda del “afuera” y en la relación con el “otro”. Allí encontraría la libertad que lo impulsaría al cambio en el acoplamiento con el nicho geocultural al que pertenece. Para Neruda, la tarea de la poesía estaría en hacer emergentes nuevos imaginarios, nuevos ensamblajes de enunciación, nuevos acoplamientos que no congelen en la rutina ni en la ideología (como lo demuestran sus libros póstumos)¹¹ sino que nos abran hacia el devenir de los trabajos para que el mundo se asuma en el flujo del cambio.

Neruda hizo emergente este mapa de otros quehaceres poéticos. Estas nuevas avenidas ayudaron a que la poesía volara lejos del sitio de la ciudad de los muertos hacia otros mundos no actuales (pasados y futuros), pero deseados, y nos enseñó que no debemos fidelidad a las “formas de la sierpe” puesto que el lenguaje en general, y el lenguaje poético en especial, operan produciendo — como lo señalaran Deleuze y Guattari— “transformaciones incorporales” (ATP,

11 Puedo nombrar aquí su poema “Gautama Cristo” incluido en su libro póstumo *Jardín de invierno*. Barcelona: Seix Barral, 1974, p. 13, y también su poema “XXIII” de otro libro póstumo, *Elegía*. Barcelona: Seix Barral, 1974, p. 101.

85) en el mundo. Se trataría entonces, como también lo indican los epígrafes de Deleuze y Neruda a este trabajo, de abrir líneas de transformación que nos permitan habitar otro(s) horizonte(s) ontológico(s) más allá del ser o de este *a priori* que llamamos sujeto, puesto que el quehacer poético constituiría una “extensión” del amor hacia aquello que no es actual pero sí posible. Habitando en este “entre” el poeta participa “con melancolía / en la fusión de los vientos contrarios / en la unidad del tiempo que camina // la vida es el espacio en movimiento”.¹² De esta manera Neruda cuestiona las formas anquilosadas, cuestionamiento pertinente también al quehacer actual, y sus paralizantes instituciones para abrir líneas de escape hacia una comunidad futura que aún no toma lugar pero que el gesto de amor de su obra poética nos permite concebir como posible. En este sentido la creación poética es el acto de amor que nos señala hacia una cultura que se hace como si fuera una obra de arte. Gesto de pura extensión amorosa del verbo, ya que la vida se asume sin miedo hacia la alteridad, hacia ese futuro lector/a que aún no nace. En este sentido Neruda nos abrió generosos caminos y nos señaló rutas posibles y mundos insospechados que nos permiten conocer tanto presente como pasado e imaginar el futuro. Y esto es especialmente relevante hoy en día cuando nos vemos enfrentados a un mundo que se cierra sobre sí mismo negándonos toda creación, a no ser que sea parte de la máquina de captura del mercado o de la guerra. La utopía no es, nunca ha sido, un átopos inexistente, sino muchas direcciones apuntando hacia muchas comunidades posibles, pasadas y/o futuras.

Obras citadas

- **Concha**, Jaime y **von Dem Bussche**, Gastón, *Pablo Neruda*. Universidad de Concepción, Instituto Central de Lenguas, Colección de Estudios Literarios, Vol. VII, junio 1971.
- **Chihuailaf**, Elicura, *Recado confidencial a los chilenos*. Santiago: LOM Editores, 1999.
- **García Lorca**, Federico, *Poeta en Nueva York*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1944.
- **Guattari**, Félix, *Cartografías esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL, 2000.
- **Loyola**, Hernán, “Residencia revisitada”, *Cuadernos americanos CXLII*, 1985.
- **Maturana**, Humberto y **Verden-Zöllner**, Gerda, *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Santiago: J.C. Sáez Editor, 2003 (1993).

¹² Poema “XXVII”, *Elegía*, op. Cit., pp. 117-118.

- **Maturana**, Humberto, “Ontología del conocer”, en *La objetividad. Un argumento para obligar*. Santiago: Dolmen, 1997.
- **Maturana**, Humberto, *El sentido de lo humano*. Santiago: Dolmen, 1997 (9ª edición).
- **Neruda**, Pablo, “Sobre una poesía sin purezas”, *Caballo verde para la poesía*, N° 1, Madrid, octubre 1935.
- —, *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Losada S.A., 1967 (3ª edición).
- —, *Tercera residencia (1935-1945)*. Barcelona: Seix Barral, 1983 (1947).
- —, *Residencia en la tierra*. Santiago: Editorial Universitaria, 1999.
- —, *Por las costas del mundo*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 2000.
- —, *Jardín de invierno*. Barcelona: Seix Barral, 1974.
- —, *Elegía*. Barcelona: Seix Barral, 1974.
- —, *Obras completas IV. Nerudiana dispersa I (1915-1964)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2001.
- **Real Academia Española**, *Diccionario de la Lengua Española*. Tomo II. Madrid: Espasa, Vigésimo Primera Edición, 1992.
- **Schopf**, Federico, “Prólogo”, en **Pablo Neruda**, *Residencia en la tierra*. Santiago: Editorial Universitaria, 1999.

Sobre los autores

Rolando Gabrielli

Periodista y escritor chileno residenciado en Panamá. Poeta, narrador y ensayista. Ha obtenido diversos premios y menciones literarias en Chile, México y Panamá. Ex funcionario internacional, corresponsal extranjero en Colombia y Panamá. Ha dirigido y editado diversas publicaciones y artículos suyos han sido publicados en América Latina y Europa.

Rafael Pérez Ortolá

Médico español (Pego, Alicante, 1945). Reside en Vitoria, Álava. Es autor de *Álava. Geometría sentimental itinerante*. Ha publicado artículos en *La Vanguardia Digital*, *El Inconformista Digital*, *Bierzo Noticias*, *Deia* y *Noticias Médicas*.

Dixon Moya

Diplomático colombiano aficionado a la literatura. Fue cónsul de Colombia en Ciudad Guayana (Puerto Ordaz, Venezuela) y actualmente desempeña un cargo diplomático en Nicaragua. Ha publicado artículos en revistas de su país.

Gaby Solano

Ingeniera electrónica costarricense (San José, 1974). En 2003 su cuento «1948» ganó el concurso «Cuentos de Guerra» de la página ElEscriba.com y su poema «Today» fue seleccionado para publicación en la página PoeticVoices.com. En enero del 2004 su cuento «Carlos Guevara» fue finalista en el concurso sobre escritores de ElEscriba.com.

María Elena Rodríguez Hernández

Escritora mexicana (Monterrey, Nuevo León, 1966). Sus escritos han aparecido en diferentes periódicos y revistas locales y nacionales. Pertenece al proyecto editorial Homo Scriptum, donde publicará su primer libro de poesía en 2004.

Héctor Miolán

Poeta, ensayista y crítico literario dominicano residente en Nueva York. Realiza actividades de promoción cultural en la comunidad dominicana en Estados Unidos. Ha publicado en periódicos y revistas literarias dominicanas. Fue director regional, encargado de la ciudad de Nueva York, de la revista *Libre*, que circula en Tierraweb.com bajo la dirección del escritor Alfieris Bonilla. Perteneció al grupo de investigaciones científicas y culturales Siglo XXI.

Jorge Zavaleta Balarezo

Escritor, crítico de cine y periodista peruano (Trujillo, 1968). Tiene estudios de literatura, periodismo, cine, publicidad y análisis político en la Universidad Católica de Lima y en el Instituto Idea, de Caracas (Venezuela). Publica artículos en los principales diarios y revistas de Lima y ha colaborado con las agencias Notimex (México) y DPA (Alemania). En 1998 publicó su novela *Católicas* y participó en el volumen colectivo *Literatura peruana hoy: crisis y creación*, de la Universidad Católica de Eichstätt (Alemania).

Teodoro Frejtman

Poeta y cuentista argentino nacido en Concordia (1948). Ha publicado poemas en diversas revistas de Uruguay y Argentina y obtenido galardones literarios en narrativa. Guionista de la tira cómica *Ptolomeo* (diario *El Día*) y miembro de los equipos de las revistas *Impactos*, *Magazine* y *Revista de los Ingenieros*.

Sergio Holas Véliz

Escritor chileno nacido en Valparaíso, reside actualmente en Australia. Ha publicado una serie de artículos sobre literatura latinoamericana en diferentes revistas chilenas y australianas, y textos poéticos en la revista chilena *El Espíritu del Valle*.